# UNA AVENTURA DE LOS SIETE SECRETOS

Enid Blyton

Otra semana sin novedades para el Club de los Siete Secretos. Sin aventuras, ¿qué pueden hacer nuestros amigos? Pues divertirse jugando en el bosque: divididos en dos bandos, deberán encontrar a Colin, que se ha escondido. Sin embargo, algo extraño sucede en La Pequeña Selva: los chicos ven saltar a un hombre desde el muro del jardín de Milton Manor y, tras tropezar con Peter, sale corriendo. Al anochecer, la noticia del robo de un valioso collar en Milton Manor pone en alerta a todos los miembros del Club. ¡Reunión urgente! Hay que informar a la policía de lo que vieron y, por supuesto, investigar sin demora. El circo puede ser una pista… ¡En marcha, Siete Secretos!

Enid Blyton

# Una aventura de los siete secretos

## Siete Secretos - 02

**ePub r1.2**
**Titivillus** 12.08.15

Título original: *The Secret Seven Adventure*
Enid Blyton, 1950
Traducción: Federico Ulsamer
Ilustraciones: George Brook
Diseño: Serret

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

ENID BLYTON

# UNA AVENTURA DE LOS SIETE SECRETOS

*Ilustrado por GEORGE BROOK*

C. S. S. significa «CLUB SIETE SECRETOS».

Esta es la segunda novela de Enid Blyton para la colección «SIETE SECRETOS».

Los títulos son:

*El Club de los Siete Secretos*.
*Una aventura de los Siete Secretos*.
*¡Bien por los Siete Secretos*!
*Los Siete Secretos sobre la pista*.
*¡Adelante, Siete Secretos*!
*¡Buen trabajo, Siete Secretos*!
*El triunfo de los Siete Secretos*.
*Tres «hurras» para los Siete Secretos*.
*Un misterio para los Siete Secretos*.
*Un rompecabezas para los Siete Secretos*.
*Los fuegos artificiales de los Siete Secretos*.
*Los formidables chicos del Club de los Siete*.
*Un susto para los Siete Secretos*.
*¡Cuidado, Siete Secretos*!
*Los Siete Secretos se divierten*

Todos estos libros tienen por protagonistas a los siete mismos personajes y a su perro, *Scamper*, pero cada volumen constituye una aventura completa e independiente. Yo confío que éste os guste tanto como los demás.

# SE REÚNE EL CLUB DE LOS SIETE SECRETOS

Los miembros del Club de los Siete Secretos iban a celebrar una de sus sesiones. El punto de reunión era el viejo cobertizo del jardín de Peter y Janet. En la puerta campeaban las letras C. S. S., pintadas de verde.

Peter y Janet ya estaban en el cobertizo, esperando a sus compañeros. La muchacha se ocupaba en exprimir limones: tenía que preparar siete refrescos para los siete miembros del club. En una fuente había siete pastas y una gran galleta destinada a *Scamper*, el perro spaniel de pelo leonado, que no quitaba ojo a la fuente, como si temiera que su merienda pudiese huir de pronto o esfumarse.

—Ya vienen los demás —dijo Janet desde la ventana—. Sí, vienen los cinco: Colin, Jorge, Bárbara, Pamela y Jack. Cinco y nosotros dos, siete, o sea que ya estamos todos.

—¡Guau, guau! —protestó *Scamper* al verse excluido.

—Lo siento, *Scamper* —dijo Peter—, pero tú no eres miembro del club; a lo sumo eres un apéndice. ¡Pero un apéndice estupendo!

¡Pam, pam!

Llamaban a la puerta.

—¡El santo y seña! —exigió Peter, que nunca abría la puerta hasta oír la contraseña.

—«Ratones» —dijo Colín.

Peter abrió.

—«Ratones» —dijo Jack.

—«Ratones» —dijeron los demás.

Era la última contraseña. El club secreto la cambiaba todas las semanas, por si alguna persona ajena a la sociedad la descubría.

Peter fue examinando a sus compañeros a medida que se sentaban.

—¿Dónde está tu insignia, Jack? —preguntó severamente.

Jack bajó los ojos, confundido, y repuso con el acento del que se reconoce culpable:

—Lo siento mucho, pero no la tengo. Creo que Sussy me la ha robado La escondí en mi cajón secreto, pero esta mañana, cuando fui a buscarla, vi que había desaparecido. Sussy es una entrometida insoportable.

Sussy era hermana de Jack. Deseaba ávidamente formar parte del club, pero Jack le había dicho y repetido que, mientras existieran los siete miembros, era imposible admitir otro en el Club de los Siete Secretos.

—Hay que escarmentarla —decidió Peter—. Y tú no guardes la insignia en ninguna parte: llévala siempre encima, incluso cuando vayas en pijama. Así no habrá peligro de que te la birle.

—Así lo haré —repuso Jack.

Y echó una mirada a su alrededor para ver si había otro compañero tan desdichado como él. Pero a nadie le faltaba el emblema; todos ostentaban el redondo botón en que destacaban en relieve las letras C. S. S. Ante esto, creció la indignación de Jack contra su hermanita.

—¿Tiene alguno de vosotros algo importante que comunicar? —preguntó Peter.

Entre tanto, iba repartiendo las siete pastas entre los miembros del club. Después arrojó a *Scamper* la galleta, y el perro la cazó en el aire. Pronto se oyeron crujir las tostaditas pastas entre los dientes de los siete miembros del club.

Ninguno tenía nada que comunicar. Bárbara dijo a Peter:

—Ésta es la cuarta semana que nadie tiene nada que decir. Esto es decepcionante. Es tonto pertenecer a una sociedad secreta en la que no pasa nada. Para eso más vale quedarse en casa. Tenemos que descifrar algún misterio, que correr alguna aventura.

—¡Como no los inventes!… —replicó Peter—. ¿Crees acaso que los misterios brotan de los árboles y las aventuras salen de la tierra?

Janet repartió la limonada.

—A mí también me gustaría que sucediera algo emocionante —dijo—. ¿No podríamos inventar algo para entretenernos?

—¿Qué quieres decir con eso de algo? —preguntó Colín—. ¡Uf, qué fuerte está esta limonada!

—Te echaré más miel —dijo Janet y añadió—: ¿Y si nos disfrazáramos de indios y jugáramos a seguir pistas sin que los perseguidos se dieran cuenta? A mí me parece que este juego sería muy divertido. Peter y yo tenemos unos trajes de pieles rojas estupendos.

Estuvieron un buen rato discutiendo el asunto, y entonces se vio que entre todos podían reunir seis conjuntos para disfrazarse de indios. Por lo tanto, faltaba uno.

—¿Sabéis lo que podemos hacer? —dijo Jorge—. Disfrazarnos e irnos a ese bosque que llaman «La Pequeña Selva». Una vez allí, nos dividiremos en dos bandos y, partiendo cada uno de un extremo, nos lanzaremos a la captura de Colin, que será el único que no irá disfrazado. El bando que lo capture resultará ganador.

—Eso de ser perseguido por todos no me hace ninguna gracia —dijo Colin.

—¡Pero si es un juego! —exclamó Janet—. ¡Anda, no seas antipático!

—¡Cuidado! —advirtió Peter—. Alguien se acerca.

Sí, alguien se acercaba: se oían pasos en el sendero que conducía al cobertizo.

De pronto, resonaron dos fuertes golpes en la puerta. Pareció que el cobertizo iba a venirse abajo. Los siete miembros del club se pusieron en pie.

—¡El santo y seña! —exigió Peter, nervioso, sin pensar que los siete miembros del club estaban ya reunidos.

—«Ratones» —respondió una voz femenina.

—¡Es Sussy! —exclamó Jack, indignado.

Corrió a abrir la puerta y vio que, en efecto, allí estaba su terrible hermanita, luciendo con insolencia la insignia del club.

—¡Ya soy miembro de la sociedad secreta! —dijo alegremente Sussy—. Conozco el santo y seña y llevo la insignia.

Todos la miraron ferozmente. La niña les sacó la lengua y huyó. Jack estaba a punto de reventar de coraje.

—Ahora mismo —dijo— voy a darle una lección. Pero antes hemos de elegir un nuevo santo y seña.

—La contraseña será «Indios» —decretó Peter—. Y la próxima reunión se celebrará aquí mismo a las dos y media de esta tarde.

# PIELES ROJAS

A las dos y media empezaron a llegar los miembros del club. Primero se presentó Jack, luciendo su insignia. Se la había arrebatado a Sussy tras enconada lucha.

—¡Volveré a llamar a vuestra puerta y a decir el santo y seña! —había exclamado, furiosa, la niña.

Y Jack le había contestado mientras salía corriendo:

—¡Te quedarás con las ganas, porque ya tenemos otro santo y seña!

Los que iban llegando decían el nuevo santo y seña muy bajito, temerosos de que Sussy estuviera espiando.

—«Indios».

—«Indios».

La nueva contraseña se pronunció en voz baja una y otra vez hasta que los siete miembros estuvieron reunidos. Todos llegaban con sus trajes de piel roja y sus gorros de plumas de colores. Se disfrazaron en un periquete.

Sólo Colin se quedó con las ropas que llevaba, ya que no tenía traje de indio.

—¡En marcha hacia «La Pequeña Selva»! —ordenó Peter, blandiendo con arrogancia un hacha de apariencia terrorífica, pero que, afortunadamente, era de madera—. A mí me acompañarán Jack y Janet; contigo, Jorge, irán Pamela y Bárbara. Colin será la víctima que buscaremos, perseguiremos y capturaremos.

—Pero no tendréis derecho a atarme a un árbol ni tirarme flechas —advirtió Colin—. Esto estará prohibido para vosotros, aunque no para mí. Pensad que sois seis contra uno.

Los pieles rojas llevaban el rostro pintarrajeado, como era costumbre en estos indios cuando estaban en pie de guerra; todos, excepto Colin, tenían un aspecto feroz, de auténticos pieles rojas.

A campo traviesa emprendieron la marcha hacia «La Pequeña Selva», que se hallaba a un kilómetro de distancia. Con ella limitaba «Milton Manor», soberbia quinta rodeada de un alto y espeso muro.

—Ahora nos dividiremos en dos grupos de tres —dispuso Peter—, y un grupo partirá de la derecha y otro de la izquierda. Colin quedará en medio y se internará en la espesura. Nosotros contaremos hasta cien con los ojos cerrados y en seguida empezaremos a buscar las huellas de Colin para darle caza.

—Pero si yo descubro a alguno de vosotros y digo a voz en grito su nombre —dijo Colin—, ése quedará fuera de combate.

—Y si alguno de nosotros consigue llegar hasta ti sin que tú lo veas y tocarte, serás su prisionero —advirtió Peter—. «La Pequeña Selva» con su tupida maleza, es el sitio ideal para este juego.

Verdaderamente lo era. Árboles y arbustos formaban una espesura poco menos que impenetrable. Se veían gruesos troncos coronados por masas de tupido follaje, altas hierbas y hermosas plantas. Abundaban, pues, los escondrijos y podían perseguirse unos a otros sin verse. Bastaba introducirse en la frondosa vegetación para quedar invisible.

Se separaron los dos grupos y cada uno se dirigió a un extremo de «La Pequeña Selva». Por un lado, el bosque estaba limitado por una empalizada; por el otro, se alzaba el muro de «Milton Manor». Muy listo tendría que ser Colin para lograr salir de allí burlando a sus perseguidores.

Colin se situó en el centro y esperó a que sus amigos empezaron a contar hasta cien con los ojos cerrados Tan pronto como Peter agitó su pañuelo, que era la señal convenida para indicarle que ya habían cerrado los ojos, Colin corrió a un árbol, gateó rápidamente por el tronco y se sentó a horcajadas en una gruesa rama. Desde esta excelente posición empezó a otear.

«Pueden buscarme cuanto quieran. Aunque recorran el bosque de un extremo a otro, no me encontrarán; y cuando todos estén cansados de buscar y se rindan, yo bajaré y me presentaré tranquilamente a ellos».

Así pensaba Colin mientras sus amigos terminaban de contar. Al fin seis pieles rojas se desplegaron y empezaron a rastrear silenciosamente a través de la espesura. Colin podía seguir las idas y venidas de sus perseguidores por los movimientos de la maleza. Escudriñaba a través del ramaje del árbol, conteniendo la risa. Se estaba divirtiendo de lo lindo.

De pronto, algo le llamó la atención. Sobre el alto muro que rodeaba «Milton Manor» había un hombre sentado a horcajadas y preparándose para saltar al exterior. Al fin saltó, y Colin le vio huir a través de la espesura, haciendo crujir la maleza. Luego, todo quedó en silencio. Colin no volvió a ver al hombre. ¿Qué demonios habría hecho dentro de la finca y por qué habría salido de ella de aquel modo? Estaba desconcertado; en su vida había sentido una perplejidad mayor. No sabía qué hacer. No era cosa de llamar a voces a sus amigos.

En esto observó que Peter, o tal vez otro de sus compañeros, se acercaba al lugar donde había desaparecido el hombre.

Sí, era Peter, que había oído un rumor cerca y había creído que era Colin el que lo producía al huir entre la maleza. Por eso se dispuso a dirigirse al sitio donde había oído el rumor.

«No cabe duda: alguien se ha escondido tras aquel arbusto», pensó Peter. Era una enorme retama en plena floración. Seguro de que iba a encontrar a Colin, el piel roja se echó de bruces en el suelo y avanzó a rastras, apoyándose en los codos Cuando llegó a la retama, apartó las largas ramas y miró con gesto amenazador al hombre que estaba allí. ¡Qué desencanto! No era Colin.

El hombre estaba más que asustado. De pronto, había visto una cara horriblemente pintarrajeada que le miraba con furor a través de los tallos de la retama y un brazo armado de un hacha que le pareció auténtica y que se había levantado amenazadoramente sobre su cabeza. Ni remotamente pensó que el arma podía ser de madera.

Dio un salto y huyó. Peter se quedó tan pasmado, que ni siquiera se le ocurrió perseguirle.

# COLÍN PASA UN MAL RATO

El tiempo que Peter tardó en reaccionar y preguntarse quién sería aquel hombre que tan atemorizado parecía, lo aprovechó el desconocido para desaparecer de su vista sin dejar rastro.

—¡Buena la he hecho! —refunfuñó Peter consigo mismo—. Yo no soy un piel roja, sino un estúpido. En vez de averiguar quién era ese individuo, lo dejo desaparecer en mis propias narices. ¿Dónde demonio se habrá metido?

Empezó a investigar afanosamente, sin preocuparse de no ser advertido. Le interesaba más encontrar al misterioso sujeto que a Colin. Pronto notaron los demás que algo anormal le ocurría a Peter.

—¿Qué pasa, Peter? ¿Por qué estás de pie? ¿Por qué no te importa ya que el perseguido pueda verte?

Peter respondió:

—Es que había un hombre escondido detrás de una retama. Lo he descubierto de pronto y él ha salido disparado. ¿Lo habéis visto alguno de vosotros?

Nadie lo había visto. Los dos compañeros de Peter acudieron a su lado, llenos de curiosidad.

—¡Qué vergüenza! —exclamó Pamela—. Todos acechando y rastreando con los cinco sentidos, y nadie se ha enterado de que aquí se escondía un hombre. Además, ni siquiera hemos encontrado a Colín.

—El juego ha terminado por hoy —decidió Peter, pues temía que las niñas se encontraran con el hombre misterioso y quería ahorrarles este susto —. Llamemos a Colin.

Todos empezaron a dar voces.

—¡Colin! ¡¡Colín!! ¡Estés donde estés, ya puedes venir! ¡El juego ha terminado!

Esperaban verle aparecer de pronto ante ellos, pero no fue así. Ni siquiera contestó a las llamadas. En vano esperaron a que Colin surgiera de la espesura riéndose de ellos. Empezaron a inquietarse.

—¡Colin! ¡¡Colin!! ¡Ven! ¡Te estamos esperando!

Pero era inútil: ni se presentaba ni respondía. Además, no se percibía rumor alguno que delatase su presencia.

—¡No estamos para bromas, Colin! —gritó Jorge—. ¡Ya te hemos dicho que el juego ha terminado! ¿Dónde estás? ¡Ven en seguida!

Pero Colin permanecía quieto y callado en la copa del árbol, en la misma rama donde se había sentado a horcajadas después de trepar por el tronco. ¿Por qué no respondía? ¿Por qué no bajaba del árbol, a pesar de que podía ufanarse ante sus compañeros de su triunfo, ya que no habían conseguido atraparle?

Colin tenía importantes motivos para no dar señales de vida. Después de la impresión que había recibido al ver al hombre saltar desde lo alto del muro, le había ocurrido algo mucho más inquietante: el desconocido, al huir de Peter, se había detenido precisamente al pie del árbol donde él estaba y, acto seguido, había empezado a trepar por el tronco.

¡Qué espanto, santo Dios! El fugitivo había escogido para esconderse precisamente el árbol en que estaba Colin. Y subía, subía hacia la copa.

Colin creía que su corazón era una locomotora. La cosa se ponía fea. ¿Qué diría el hombre al encontrarse con él? Colin estaba seguro de que se pondría hecho una furia.

El desconocido llegó a la copa, y cuando ya iba a subir a la rama en que estaba Colin, se detuvo: aquella rama podía sostener el peso de un niño, pero no el de una persona mayor. El hombre se quedó en una rama más gruesa que estaba exactamente debajo de la que ocupaba Colin. Estaba jadeante, pero se esforzaba por contener la respiración para que no le oyese el piel roja, al que veía demasiado cerca.

Colin estaba petrificado. También él contenía la respiración hasta ahogarse. ¿Quién sería aquel hombre? ¿Por qué había salido de «Milton Manor» saltando el muro? ¿Por qué tenía tanto empeño en esconderse? Seguramente no habría ido allí si hubiera sabido que el Club de los Siete Secretos había elegido aquel bosque para jugar a indios aquella tarde. ¡Qué cerca lo tenía! Si aquel hombre levantara la vista, le descubriría inevitablemente.

En aquel momento Colin oyó las llamadas de sus amigos.

—¡Colin! ¡¡Colin!! ¡Estés donde estés, ya puedes venir! ¡El juego ha terminado!

Pero el pobre Colin no se atrevía a bajar del árbol, y menos aún a responder a las llamadas. Se estremecía ante la idea de que le entrasen ganas de estornudar o de toser. Estaba a la expectativa y mudo como una estatua.

También el hombre permanecía tan callado como una estatua, mientras observaba a través del ramaje los movimientos de los seis niños que iban y venían por las cercanías del árbol. Colin lamentó la ausencia de *Scamper*. El perro habría husmeado el rastro del hombre y habría conducido a sus seis compañeros al árbol donde se hallaban él y el desconocido. Se habían dejado a *Scamper* en casa porque se excitaba cuando les veía jugar a indios, y descubría con los ladridos a los perseguidores.

Cansados de llamar y buscar a Colin, sus seis compañeros decidieron regresar a casa.

—Debe de haberse marchado —dijo Peter—. Vayámonos nosotros también. No creo que diéramos con él Además, no me parece que esté bien que lo busquemos. El que espía a un desconocido, demuestra que es un mal educado. Por lo tanto, vámonos.

Con la inquietud que es de suponer, Colin vio como sus amigos salían del bosque y se alejaban a campo traviesa. También el hombre le vio alejarse, pero él lanzó un gruñido de alegría y se deslizó tronco abajo.

Colin no había podido verle la cara; sólo le había visto la cabeza y las orejas. Ni siquiera cuando bajó del árbol y se marchó a través de la espesura pudo observar sus facciones. Colin se dijo que aquel hombre sabía jugar a los pieles rojas mejor que ellos, puesto que ninguno de sus seis compañeros había logrado descubrirle.

Colin se preguntó si tendría ya libre el camino de vuelta. Y en seguida se respondió a sí mismo que no iba a pasar la noche en aquel árbol.

# ¿UNA AVENTURA?

Colin se deslizó tronco abajo y permaneció un momento al pie del árbol, oteando prudentemente a su alrededor. No se veía un alma por ninguna parte. El hombre misterioso había desaparecido como por encanto.

«Correré todo lo que pueda —se dijo Colin—. Confío en que no ocurrirá nada malo».

Echó a correr. Nadie se interpuso en su camino; nadie le llamó. Se sintió un tanto avergonzado al llegar al campo abierto y ver que unas pacíficas vacas le miraban con una expresión de asombro.

Ya más tranquilo, continuó la marcha hacía la finca de Peter y Janet. Tenía la esperanza de que todavía se hallaran los miembros del club en el cobertizo, quitándose el disfraz y la pintura de la cara. La puerta estaba cerrada como de costumbre, ostentando las tres grandes letras C. S. S. pintadas de verde. Se oía rumor de voces en el interior.

Colin llamó. Luego dijo:

—¡Ya estoy aquí! ¡Abrid la puerta!

Los rumores cesaron y la puerta permanecía cerrada. Colin, impaciente, volvió a llamar.

—¡No gastéis bromas! ¡Ya sabéis que soy yo!

Sin embargo la puerta no se abría. Entonces Colin cayó en la cuenta de que tenía que decir el santo y seña. Pero ¿cómo, si en aquel momento no se acordaba? Afortunadamente, vio por la ventana un gorro de plumas de piel roja, y en seguida se hizo la luz en su cerebro.

—¡«Indios»! —gritó.

La puerta se abrió en el acto y apareció el semblante enfurecido de Peter.

—¡Qué modo de vociferar! Ahora toda la comarca conocerá nuestra contraseña. Tendremos que pensar otra.

Cuando Colin hubo entrado, siguió reprendiéndole.

—¿Dónde te has metido? Te hemos llamado a grandes voces, y tú sin contestar.

—Ya lo sé. Os oí perfectamente —dijo Colin—. Ante todo, he de pediros perdón por haber dado el santo y seña a voz en grito; lo he hecho sin darme cuenta. Y ahora oíd una noticia, una gran noticia.

Todos suspendieron en el acto la tarea de limpiarse la cara y fijaron en él una mirada interrogadora.

Colin empezó a explicar:

—¿Os acordáis de cuando Peter se puso en pie y dijo que había visto un hombre escondido en una retama? Pues bien, entonces yo estaba cerca de vosotros. Y, para más detalles, en la copa de un árbol.

—¡Eso es trampa! —dijo Jorge, indignado—. ¡Eso no se puede hacer cuando se juega a indios!

—¿Quién lo ha dicho? —exclamó Colin—. No creo que los pieles rojas tengan ninguna ley que les prohíba subirse a los árboles. Son tan buenos trepadores como seguidores de rastros. En fin, lo importante es que yo estaba en la copa de un árbol, y que el hombre que huía de Peter vino corriendo a este mismo árbol y trepó por él. Aunque os parezca mentira, así fue.

—¡Ah! ¿Sí? —exclamó Jorge—. ¿Y tú qué hiciste?

—Nada —dijo Colin—. Él no llegó hasta donde yo estaba. Como no me vio, me quedé quieto y sin hacer el menor ruido. Por eso no pude contestar a vuestras llamadas. Yo había visto al hombre antes de que lo viera Peter. Estaba a caballo sobre el muro de «Milton Manor». Después saltó al suelo, corrió hacia el bosque y desapareció en la espesura.

—¿Y qué más? —preguntó ávidamente Janet.

—Cuando todos os fuisteis, el hombre bajó del árbol y desapareció. Entonces, también yo me dejé caer por el tronco y me vine hacia aquí. Os confieso que todavía no se me ha pasado el susto.

—¿Qué habrá hecho ese individuo en «Milton Manor»? —Preguntóse Jack—. ¿Qué aspecto tenía?

—¡Ojalá hubiese podido verle la cara! —repuso Colin—. Lo único que le vi fue el pelo y las orejas, y eso, desde arriba. ¿Le viste tú mejor, Peter?

—Sí, lo vi perfectamente. Pero su cara es tan vulgar, que no recuerdo ningún rasgo de ella. Rostro afeitado, pelo oscuro… Pero todo vulgar como os he dicho.

—Seguramente nunca le volveremos a ver —dijo Bárbara—. Esta aventura se nos ha escapado. Jamás sabremos qué hacía ese hombre en «Milton Manor».

—Lo cierto es que nos ha echado a perder el juego —se lamentó Pamela —. Aunque la verdad es que no creo que hubiéramos encontrado a Colin,

estando, como estaba, en la copa de un árbol. Debemos prohibir subirse a los árboles cuando juguemos a indios.

—¿Cuándo volveremos a reunimos y cuál será la contraseña? —preguntó Janet.

—Nos reuniremos el miércoles por la tarde —repuso Peter—. Pero estad alerta entre tanto, no sea cosa que se nos vaya a escapar otra aventura. Es una pena que no hayamos podido capturar a ese hombre o, al menos, averiguar algo de él. Estoy seguro de que no hacía nada bueno en «Milton Manor».

—¿Cuál será el nuevo santo y seña? —volvió a preguntar Janet.

—«Aventura» —dijo Peter—, ya que se nos acaba de escapar una. Así estaremos más atentos en lo sucesivo.

Seguidamente se fue cada cual a su casa. A excepción de Colín, ningún miembro del club volvió a pensar en el extraño visitante de «Milton Manor». Pero al anochecer todos se acordaron de aquel hombre. Esto ocurrió cuando la radio dio la siguiente noticia:

«Esta tarde se ha realizado en “Milton Manor” un importante robo. Ha desaparecido el collar de perlas de lady Lucy Thomas, que es único en su clase. Nadie vio al ladrón, y éste pudo desaparecer sin dejar rastro».

Peter y Janet saltaron en sus asientos.

—¡El ladrón es el hombre que yo vi! —exclamó Peter—. ¡Me apuesto lo que quieras! ¡Hay que convocar una reunión urgente, Janet! Desde luego, se trata de una aventura, y no se nos escapará.

# REUNIÓN EXTRAORDINARIA

A la mañana siguiente, el Club de los Siete Secretos se puso en movimiento. Peter y Janet habían repartido a todos los miembros convocatorias que decían así:

«IMPORTANTE. Reunión a las nueve y media.

C. S. S.»

Colín y Jorge ignoraban el motivo de la reunión, ya que no habían oído la radio Pero los demás se habían enterado del robo del collar de lady Lucy Thomas, y como sabían que esta dama tenía su mansión al lado de «La Pequeña Selva», sospechaban que les habían citado para hablar de aquel extraño sujeto, del que había sobrados motivos para sospechar que era el ladrón.

A las nueve y media de la mañana empezó la reunión. Janet y Peter estaban ya en el cobertizo. Las llamadas se sucedieron regularmente.

—Santo y seña —exigía Peter con toda seriedad cada vez que llamaban.

—«Aventura» —contestaba en voz baja el miembro del club.

—«Aventura», «aventura», «aventura»… —Fueron diciendo los demás.

Y todos, después de dar la contraseña, entraron en el cobertizo.

—¿Dónde está tu insoportable hermana Sussy? —preguntó Peter a Jack —. Supongo que no estará espiándonos. Nuestra reunión de hoy es importante y muy secreta. ¿Traes la insignia?

—Sí —respondió Jack—. Sussy ha estado fuera todo el día. Además, no sabe la última contraseña.

—¿Cuál es el motivo de esta reunión? —preguntó Colin—. La cara de Janet me dice que ocurre algo extraordinario. Está tan encarnada, que parece que va a hacer explosión.

—También te sentirás tú a punto de reventar —respondió Janet—. Pero de orgullo, pues te vas a convertir en un personaje importante. ¡Sólo tú y Peter habéis visto al ladrón cuya pista vamos a seguir!

Colin y Jorge estaban desconcertados. No sabían a qué ladrón se refería Janet. Peter lo explicó todo.

—¿Os acordáis de aquel individuo que Colín vio saltar ayer desde el muro de «Milton Manor»? Era el mismo que yo vi después escondido en una retama y que luego se refugió en el árbol en que estaba Colin, Pues bien; anoche dijeron por radio que un ladrón se había introducido en las habitaciones de lady Lucy Thomas y se había apoderado de un magnífico collar de perlas.

—¡Qué casualidad! —exclamó Pamela, excitada—. Seguro que el ladrón es el hombre que visteis Colin y tú.

—Así lo creo —dijo Peter—. Bueno, ¿qué podemos hacer? Es indudable que nos hallamos ante una verdadera aventura. Debemos entregarnos a ella en cuerpo y alma. Si conseguimos detener al ladrón, o, por lo menos, recuperar el collar, salta a la vista que el Club de los Siete Secretos se apuntará un gran éxito.

Hubo un largo silencio. Durante unos minutos, todos estuvieron enfrascados en sus meditaciones.

—Pero ¿cómo podemos buscarle —preguntó Bárbara—, si Colín y tú sois los únicos que lo habéis visto, y sólo unos momentos?

—Y no olvidéis —dijo Colin— que yo sólo pude ver su cabeza y sus orejas por la parte de arriba. No sé cómo se puede reconocer a una persona teniendo sólo estos datos. Porque es imposible ir por la calle mirando a la gente desde arriba.

Janet se echó a reír.

—Tendrías que ir siempre cargado con una escalera.

Hubo un coro de alegres carcajadas.

—¿No os parece que debemos dar parte a la policía? —preguntó Jorge, preocupado.

—Yo creo que sí —dijo Peter, después de meditar unos momentos—. Desde luego, poca cosa podemos decirle, pero lo vamos a hacer, y sin

pérdida de tiempo. Después, tal vez la policía nos permita ayudarla. Entre tanto, podemos husmear y ver de descubrir algo por nuestra cuenta.

—Vamos ahora mismo a la comisaría —dijo Jorge—. Será emocionante. Qué sorpresa se llevará el inspector cuando nos vea entrar a los siete.

Salieron del cobertizo, se dirigieron a la ciudad y subieron la escalera del cuartelillo, ante el asombro del policía que estaba de guardia en la puerta.

—¿Podemos hablar con el inspector? —preguntó Peter—. Tenemos algo que decirle sobre el robo de «Milton Manor».

El inspector había oído los pasos de los siete chicos y se había asomado a la puerta de su despacho.

—¡Hola, muchachos! —exclamó con una sonrisa—. ¡Aquí tenemos al Club de los Siete Secretos! ¿Cuál es ahora el santo y seña?

Naturalmente, nadie lo reveló.

—Hemos venido a decirle que ayer vimos al ladrón saltar el muro de «Milton Manor» —dijo Peter con cierto énfasis—. Primero se ocultó en la maleza y luego en la copa de un árbol, donde ya estaba escondido Colin.

El inspector anotó los detalles que le fueron dando todos los miembros del club y quedó satisfecho de los informes.

—Lo que no comprendo —dijo— es cómo pudo ese hombre subir a un muro tan alto sin utilizar ninguna clase de escalera. Debe de trepar como un gato. Bueno, muchachos; lo único que os puedo aconsejar es que mantengáis los ojos bien abiertos por si volvéis a toparos con ese hombre.

—Lo malo es —dijo Peter— que Colin sólo vio la parte de arriba de su cabeza, y yo conservo un recuerdo muy vago de su cara, pues su aspecto no podía ser más vulgar. Sin embargo, señor inspector, le aseguramos que haremos las cosas lo mejor que podamos.

Bajaron corriendo la escalera y salieron a la calle.

—Ahora —dispuso Peter— vamos al lugar donde Colin vio al ladrón saltar desde lo alto del muro. Tal vez encontremos algo interesante.

# PRIMEROS HALLAZGOS IMPORTANTES

Los siete se pusieron en camino hacia el lugar donde habían estado jugando a pieles rojas el día anterior.

—Ahora dinos el sitio exacto por donde saltó el hombre —dijo Peter a Colin.

Colin vaciló un momento, pero en seguida señaló la copa de un acebo que asomaba por el muro.

—¿Veis aquel acebo? Pues el hombre estaba entre él y el roble que hay a la derecha. Estoy seguro de que es ése el lugar exacto.

—¡Adelante, pues! —Decidió Peter—. Vamos a inspeccionar el lugar de cerca.

Conscientes de que estaban cumpliendo una misión importante, se encaminaron al muro, derechos al punto señalado por Colin entre el roble y el acebo. Allí se detuvieron para examinar atentamente la pared, que tenía unos tres metros de altura. ¿Cómo era posible escalar un muro tan alto sin utilizar una escalera o una cuerda?

—¡Mirad! Aquí es donde vino a caer al saltar —dijo de súbito Pamela, señalando dos profundas huellas que se veían cerca de un arbusto.

Todos observaron las dos depresiones que habían quedado en el suelo.

—Sí, aquí vinieron a posarse sus pies —dijo Jorge—. Pero, desgraciadamente, estas huellas no nos aclaran nada. Si fueran de pasos normales, nos darían una buena pista, pero al ser las de un gran salto, resultan dos hoyos deformes.

—Me gustaría investigar al otro lado del muro —dijo Peter, nervioso—. A lo mejor allí sí que hay huellas de pasos. Le preguntaremos al jardinero si nos deja entrar. Es amigo de nuestro vaquero y me conoce.

—Buena idea —dijo Jorge.

Y todos se dirigieron a la entrada de la finca.

El jardinero estaba trabajando en la parte delantera del jardín, cerca de la gran verja de hierro. Los niños le llamaron y él levantó la vista.

—¡Johns! —gritó Peter—. ¿Nos deja entrar a husmear un poco? Es por lo del ladrón, ¿sabe? Nosotros lo vimos saltar desde el muro y el inspector de policía nos ha dicho que tengamos los ojos muy abiertos. Por eso queremos echar un vistazo.

Johns sonrió expresivamente y abrió la verja.

—Bien. Yo os acompañaré. Pero me parece que no averiguaréis nada importante. Que me aspen si entiendo cómo diablos pudo trepar por este muro el ladrón. Estuve aquí mismo trabajando durante toda la tarde de ayer; por lo tanto, es seguro que no entró por la verja, porque, en este caso, lo habría visto.

Acompañados de Johns, los siete avanzaron a lo largo del muro y no se detuvieron hasta hallarse entre el acebo y el roble que asomaban por la alta pared.

—Por aquí debió de trepar —dijo Colín—. Ahora busquemos las huellas de sus pasos.

Había huellas, pero no de pies. Los siete amigos se inclinaron sobre ellas para examinarlas.

—¡Qué raro! —exclamó Peter—. Son redondas y todas iguales. Tienen unos siete centímetros de diámetro. Es como si alguien hubiese golpeado el suelo con un grueso taco de madera, hundiéndolo en la tierra ¿Qué será lo que ha dejado estas huellas, Johns?

—¡Que me muelan a palos si lo sé! —exclamó Johns, cada vez más interesado—. Tal vez la policía pueda averiguar algo ahora que se sabe el punto exacto por donde el ladrón saltó el muro.

Volvieron a examinar las extrañas huellas, perfectamente redondas y regulares. Aquello no tenía explicación. A todos les parecía que alguien

había golpeado el suelo con un taco de madera. Pero ¿para qué? ¿Qué relación podía tener esto con el hecho de saltar el muro?

—Os puedo asegurar que no utilizó escalera —afirmó Johns—. Todas las que hay en la finca están encerradas en el cobertizo y nadie las ha tocado. Siempre llevo la llave encima. En resumidas cuentas, que no comprendo cómo pudo saltar el muro ese hombre.

—A lo mejor era un acróbata —dijo Janet, y en seguida afirmó—: Sí, tenía que ser un acróbata.

Al decir esto medía con la mirada la altura del muro Y entonces vio algo que se apresuró a señalar a sus compañeros mientras decía con voz agitada:

—¡Mirad! ¿Veis aquello que está prendido en el canto de aquel ladrillo que sobresale?… ¡Allí, a media altura! ¿Lo veis?

Todos miraron hacia donde Janet señalaba.

—Parece un trocito de lana —dijo Pamela—. Quizá el ladrón, al trepar, se enganchó la ropa en el canto del ladrillo y se hizo un desgarrón.

—Ayúdame a subir, Jorge —le ordenó Peter—. Intentaré cogerlo. Puede ser un indicio importante.

Jorge lo levantó en vilo. Peter alargó el brazo cuanto pudo y cogió el pequeño jirón de lana. Jorge volvió a depositar a Peter en el suelo.

Todos se apiñaron alrededor del jefe del club para examinar el hallazgo. En verdad, era muy poca cosa: un trocito de lana azul atravesado por una rayita roja. Uno tras otro, todos los miembros del club miraron y remiraron con grave semblante el retazo de lana.

—Tal vez se desprendió del jersey del ladrón —opinó Janet—. Tendremos que buscar un hombre que lleve un jersey de lana azul con rayas rojas.

Y entonces encontraron otra cosa que podía ser mucho más importante.

# *SCAMPER* ENCUENTRA UNA PISTA

Fue *Scamper* el que realizó el importante hallazgo. Como de costumbre, acompañaba a los niños e iba husmeando a su alrededor. Estaba impaciente y, al parecer, le interesaban de modo extraordinario las extrañas huellas circulares De pronto, empezó a ladrar con todas sus fuerzas.

Todos le miraron.

—¿Qué te pasa, *Scamper*? —le preguntó Peter.

El perro siguió ladrando. Los siete niños, un tanto atemorizados, miraron a su alrededor. ¿Estaría escondido el ladrón entre los arbustos? ¿Por qué ladraba *Scamper*?

Y mientras ladraba, el perro miraba hacia arriba.

—¡Silencio! —le ordenó Peter, perdiendo la paciencia—. ¡O nos dices a quién ladras o te callas! ¿Has oído?

El perro se calló, pero dirigió a su amo una mirada de reproche y, acto seguido, alzó de nuevo los ojos. Pronto volvió a ladrar desesperadamente.

Todos levantaron la cabeza, preguntándose a quién o a qué ladraría *Scamper*. Y entonces vieron una gorra enredada en las ramas de un árbol.

—¡Mirad! ¡Una gorra! —exclamó Peter—. ¿Será del ladrón?

—Tal vez —respondió Janet—. Pero ¿por qué demonios la dejaría ahí? No creo que los ladrones tengan la costumbre de colgar sus gorras en las ramas de los árboles.

La gorra estaba al nivel de la cima del muro y, por lo tanto, demasiado alta para que pudieran alcanzarla los niños. Johns dijo que iba en busca de una caña para intentar hacerla caer, y se marchó.

—Esa gorra está ahí porque la han tirado —dijo Jorge—. De eso no cabe duda. Por lo tanto, no debe de ser del ladrón. Sería absurdo suponer

que dejó, a sabiendas y en sitio tan visible, una cosa que puede facilitar una pista.

—He de reconocer que tienes razón, aunque lo siento —admitió Peter —. No puede ser de ningún modo la gorra del ladrón. Algún vagabundo debió de lanzarla desde fuera. Dios sabe cuándo.

Johns reapareció con una caña. Descolgó la gorra, la hizo caer y *Scamper*, juguetón, saltó en seguida sobre ella.

—¡Deja eso, *Scamper*! —le ordenó Peter—. ¡Suelta esa gorra en seguida!

El perro la soltó con un gruñido de contrariedad. ¿Acaso no había sido él quien la había descubierto? ¡Tenía derecho a jugar con ella!

Los siete contemplaron atentamente la gorra. Estaba vieja y sucia. Era de tela escocesa y sus colores debieron de ser muy vivos en sus buenos tiempos. Ahora no era más que un pingajo; se necesitaba mucha imaginación para deducir cómo había sido cuando estaba recién fabricada.

—¡Uf! ¡Qué gorra más pringosa! —exclamó Janet, examinándola con un gesto de asco—. Estoy segura de que fue de algún vagabundo que, cansado de llevarla, la tiró al aire para deshacerse de ella. Y la gorra, casualmente, quedó colgada en el árbol. ¡Qué lastima! ¡Nosotros que creíamos haber encontrado una pista!

—Tienes razón —dijo Colin, dando vueltas a la gorra entre sus manos —. Ya podemos tirarla: no tiene ninguna utilidad para nosotros. ¡Mala suerte, *Scamper*! ¡Tú que creías haber encontrado una estupenda pista!

Y fue a lanzar la gorra por encima del muro. Pero Peter se lo impidió.

—No, no la tires. Es mejor que la guardemos. Nos morderíamos los puños de rabia si resultara una prueba contra el ladrón, aunque no lo parece.

—Entonces, quédate tú con esta piltrafa —dijo Colin—. No me extraña que su dueño la tirase. ¡Despide un olor…!

Peter se la guardó en un bolsillo. Luego alisó el trocito de lana y lo colocó cuidadosamente entre las páginas de su agenda.

Hecho esto, examinó una vez más las extrañas huellas circulares.

—Creo que nos convendría tener la medida de estas huellas —dijo—. ¿Tienes una cinta métrica o algo para medir, Janet?

Janet no llevaba encima nada para medir; pero Jorge tenía un cordel. Lo puso sobre la huella y lo cortó a su medida exacta.

—Éste es el diámetro de la huella —dijo a su hermano. Y le entregó el trocito de cordel, que Peter guardó también entre las páginas de su bonita agenda.

—Estoy seguro de que estos hoyos son el rastro que buscamos —dijo Peter—, pero no acierto a comprender con qué se han hecho.

Se despidieron de Johns y emprendieron la marcha a través del campo.

Ninguno de los siete se sentía capaz de hacer deducciones de los escasos indicios que habían logrado reunir. Sin embargo, Peter expresó su creencia de que el club se había enfrentado con una verdadera aventura y de que no quedaría todo en agua de borrajas.

—Sigo creyendo que solamente un acróbata pudo saltar un muro tan alto —afirmó Janet—. No me cabe en la cabeza que una persona cualquiera pueda hacerlo.

En el preciso instante en que decía esto llegaron al camino. Frente a ellos, pegado en un muro, vieron un cartel. Lo miraron con indiferencia; pero, de pronto, Colin profirió un grito que hizo dar un salto a sus compañeros.

—¡Mirad! ¡Es un cartel de una compañía de circo! Fijaos en lo que dice.

Todos leyeron:

DOMADORES DE LEONES,
EXPERTAS AMAZONAS,
OSOS AMAESTRADOS,
PAYASOS,
ACRÓBATAS.

—¡Acróbatas! —exclamó Colín—. Es decir, la clase de hombre que ha despertado nuestras sospechas.

En todo el grupo hubo un movimiento de emoción e interés. Janet podía tener razón. Aquello merecía ser estudiado detenidamente por todos los componentes del club.

# UNA VISITA AL CIRCO

Peter consultó su reloj.

—¡Qué lástima! Ya es la hora de comer. Tenemos que volver a casa. Nuestro club volverá a celebrar sesión a las dos y media.

—Pamela y yo no podremos acudir —dijo Bárbara—. Tenemos que ir a una fiesta.

—No os reunáis sin nosotros —suplicó Pamela.

—Yo tampoco podré asistir —dijo Jorge—. Dejémoslo para mañana. Pensad que si el ladrón es uno de los acróbatas del circo, permanecerá en el pueblo hasta que se acaben las funciones.

—Además, esto es sólo una sospecha —advirtió Janet—. Yo he dicho que sólo un acróbata puede saltar el muro de «Milton Manor», pero no he acusado a nadie.

—Sin duda, el asunto merece un estudio a fondo —dijo Peter—. En fin, nos reuniremos mañana a las nueve y media. Y hacedme el favor de reflexionar y traer un plan trazado. Estoy seguro de que entre siete uno u otro tendrá una buena idea.

Todos se pasaron el día pensativos, incluso Pamela y Bárbara cambiaron algunos cuchicheos en plena fiesta.

—Yo creo que debemos ir al circo —dijo Pamela—. ¿No te parece que es una buena idea? Así, Peter tendrá ocasión de reconocer entre los acróbatas al ladrón que vio escondido en una retama.

Al día siguiente, cuando se reunió el club en pleno, todos sus miembros expusieron la misma idea.

—Debemos asistir a una función del circo —dijo Jorge.

—Eso mismo opinamos Pamela y yo —dijo Bárbara.

—Y yo —manifestó Colin—. Además, es lo único que podemos hacer. ¿No te parece, Peter?

—Sí —dijo el jefe del club—. Hoy se inaugura el circo; Janet y yo lo hemos leído en el periódico. Yo creo que debemos ir todos. No sé si podré reconocer al ladrón, en el caso de que sea uno de los acróbatas, ya que sólo le vi un momento; pero vale la pena intentarlo.

—Tú dijiste que era moreno y que iba afeitado —dijo Colin—, y yo vi que, efectivamente, su pelo era negro. También advertí que tenía una pequeña calva en el centro de la cabeza. Pero no creo que sea fácil identificarlo con sólo estos datos.

—¿Tenéis dinero para las entradas? —preguntó Pamela—. Yo no tengo ni un penique: ayer me gasté todos mis ahorros en un regalo, pues la fiesta a la que asistí era de cumpleaños.

Todos vaciaron sus bolsillos, reunieron el dinero y lo contaron.

—Las entradas para niños valen un chelín —refunfuñó Peter—. ¡Un chelín! Por lo visto se creen que estamos forrados de oro. Hemos reunido cuatro chelines y cinco peniques. De modo que sólo tenemos para cuatro entradas.

—A mí me quedan dos chelines en la hucha —dijo Janet.

—Y yo tengo seis peniques en casa —dijo Colin—. ¿Quién puede traer el penique que falta?

—Yo —afirmó Jack—. Lo pediré prestado a mi hermana Sussy.

—Ya sé lo que harás —dijo Colin en broma—: le dirás el santo y seña a cambio del penique.

Jack le contestó con un puntapié, acompañado de un resoplido y una mirada furibunda.

—¡Estupendo! —exclamó Peter—. ¡Ya podemos ir todos! Nos encontraremos a la puerta del circo diez minutos antes de que empiece la función. ¡Que todo el mundo sea puntual! Y si veis a un hombre con un jersey azul listado de rojo, observadle con atención, pues es casi seguro que el individuo que buscamos lleva un jersey así.

Todos fueron puntuales. Una vez reunido el dinero para las siete entradas, las sacaron en la taquilla. Ni los chicos ni las chicas podían disimular su emoción.

Ir al circo es siempre una cosa magnífica; pero ir al circo para tratar de descubrir a un ladrón es algo mucho más estupendo y emocionante todavía.

Los niños ocuparon sus asientos, y las miradas de todos convergieron en la pista.

Un alegre pasodoble fue el preludio de la función. Y un redoble de tambor indicó su principio. Los niños apenas si se atrevían a respirar. Primero salieron los caballos. Con aire majestuoso y balanceando sus plumeros, dieron varias vueltas a la pista. Luego aparecieron los payasos, vociferando y haciendo cabriolas. Siguieron los osos amaestrados, y, número tras número, todos los artistas que figuraban en el cartel desfilaron ante el público, sonriendo y saludando. Los siete del club esperaban con impaciencia a los acróbatas; pero esto no quiere decir que los demás números no les arrancasen exclamaciones de entusiasmo. Por otra parte no era fácil saber cuáles eran los verdaderos acróbatas, pues todos los artistas —payasos, zancudos, ciclistas, malabaristas— hacían acrobacias.

—Según el programa —dijo Peter—, hacen el tercer número.

Y aunque todos esperaban este número con ansiedad, aplaudían las danzas y evoluciones de los caballos y celebraban con grandes risas las tonterías de los payasos.

—Ahora van a salir los acróbatas —dijo Jorge con voz agitada—. Míralos bien, Peter; no te distraigas.

# UN BUEN PLAN Y UNA DESILUSIÓN

Al fin, salieron los acróbatas, dando volteretas y grandes saltos. Uno de ellos apareció con el cuerpo tan contorcido, que la cabeza le quedaba entre los pies. Su aspecto no podía ser más chocante. Peter dio un codazo a Colin.

—Oye, Colin: fíjate en ese tipo que tiene la cabeza entre las piernas. Lleva la cara afeitada como el hombre que vi escondido en la retama. Además, tiene el pelo negro.

—Sí —convino Colin—; podría ser el que buscamos. Todos los demás tienen bigote. No le perdamos de vista. De sus ejercicios podremos deducir si es capaz de dar un salto de tres metros de altura, que es la del muro de «Milton Manor».

Los siete miembros del club concentraron su atención en el acróbata. No le quitaron ojo. Como los otros llevaban bigote, los habían descartado. Sólo quedaba aquel cuyas señas coincidían con las del hombre entrevisto por Peter y Colin, aquel que era moreno y llevaba el rostro afeitado. ¿Sería un saltador tan extraordinario como el que buscaban? ¿Les demostraría que se puede llegar de un salto a la cima de un muro de tres metros de altura?

Todos le observaban con ansiedad. Aquel acróbata era, indudablemente, el más hábil de todos. Ligero como una pluma, parecía volar cuando saltaba. También demostró ser el mejor en el ejercicio de andar sobre la cuerda. Luego subió por una escala hasta el techo del circo, ¡y con qué ligereza! Los niños se miraban boquiabiertos y cambiaban entre sí miradas significativas. No cabía duda: el hombre que trepaba como si volase, sin tocar apenas los peldaños, podía escalar perfectamente un muro de tres metros de altura.

—Estoy segura de que es ése el ladrón —dijo Janet al oído de Peter.

El muchacho hizo un gesto de asentimiento. También él estaba seguro, tanto, que se entregó por entero a la contemplación del espectáculo, libre ya del cuidado de descubrir al ladrón, puesto que estaba descubierto.

Era un circo excelente. Les encantó el número de los osos amaestrados, que boxeaban unos con otros y daban la impresión de que se estaban divirtiendo como chiquillos. Había un osezno que, al parecer, adoraba al domador, pues se había abrazado a una de sus piernas y no lo soltaba.

De buena gana se habría llevado Janet a casa aquel osito. Habría sido su mejor juguete.

—Parece un oso de trapo. ¿Verdad, Pamela?

Pamela estaba de acuerdo. El osito era precioso.

Después volvieron a salir los payasos y, seguidamente, dos zancudos con algunos clowns. Los hombres de los zancos tenían un aspecto ridículo. Llevaban largas faldas que llegaban hasta el suelo y cubrían enteramente sus zancos, de modo que parecían dos mujeres desmesuradamente altas y larguiruchas. Los clowns que los rodeaban semejaban enanos, comparados con ellos, y no cesaban de mortificarlos con sus burlas y sus tentativas de hacerlos caer.

Tras este número, llegó el turno a las fieras. Sacaron grandes jaulas a la pista y todo el circo se llenó de rugidos de león. Janet se estremeció.

—Estas cosas no me gustan —dijo—. Los leones no divierten a nadie y asustan a muchos. Mira aquél. No quiere subir al pedestal Será capaz de saltar sobre el domador.

Pero no saltó. Tenía bien aprendido su papel y lo desempeñó tan al pie de la letra como los demás leones. Luego las fieras se fueron como habían venido: rugiendo.

Finalmente, salió un enorme elefante que jugó al cricquet con su domador. ¡Qué bien lo hizo! Y cuando arrojó la pelota al público y empezó a dar vueltas a la pista en espera de que se la devolviesen, todo el público aplaudió con entusiasmo.

Los siete miembros del club se divirtieron como nunca y sintieron de veras que se acabara el espectáculo.

—Ojalá pudiéramos ir siempre a buscar ladrones a los circos —dijo Janet—. Sería una ocupación muy divertida.

Luego se inclinó hacia su hermano e insistió:

—¿Verdad, Peter, que ese acróbata moreno tiene que ser el ladrón? Es el único que se parece al hombre que tú viste.

—Sí; todos los demás llevan bigote —repuso Peter.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Colin—. Lo mejor sería que fuésemos a hablar con él. Quizá se le escape algo que pueda darnos una pista.

—Pero ¿con qué excusa podemos ir a verle? —inquirió Jorge.

—Eso no es ningún problema —dijo Peter—. Le diremos que vamos a pedirle un autógrafo. A él le parecerá lo más natural del mundo.

Sus compañeros le dirigieron una mirada de admiración. ¡Peter era un muchacho estupendo! A ninguno de ellos se le habría ocurrido una idea tan pistonuda.

—Mira —susurró Bárbara—. ¿No es aquel que está hablando con el domador de osos? Sí, es aquél. Oye: ¿se parece a tu ladrón ahora que lo puedes ver de cerca?

Peter asintió:

—Sí, se parece. Vamos a pedirle el autógrafo.

Y se fueron hacia él.

—¿Qué pasa? ¿Qué queréis? —gruñó el acróbata—. ¿Es que os gustaría aprender a andar por la cuerda?

—No, señor —respondió Peter—. Venimos a pedirle un autógrafo. ¿Nos hace el favor?

Y fijaba su mirada en el acróbata, que ahora le parecía mucho más viejo que en la pista.

El acróbata se echó a reír, y se enjugó la frente con un gran pañuelo rojo. ¡Hacía tanto calor bajo el toldo del circo!

—Os daré un autógrafo —repuso—. Pero antes dejad que me quite la peluca. ¡Me estoy ahogando de calor!

Y, ante el estupor de los siete, se llevó la mano a la negra cabellera y se la arrancó de cuajo.

Evidentemente, era una peluca. Ahora el acróbata ostentaba una calva reluciente.

Fue un chasco mayúsculo para el Club de los Siete Secretos.

# TRÍNCOLO, EL ACRÓBATA

Los siete contemplaron con un gesto de desilusión aquella cabeza completamente calva. Sólo en la coronilla, precisamente en la coronilla, brotaba una pelusilla gris. Colin había observado atentamente la cabeza del ladrón cuando los dos se hallaban en el árbol, y estaba seguro de que la cubría una cabellera negra que sólo dejaba un vacío en la coronilla, donde se veía una pequeña calva circular.

Colin cogió la peluca y empezó a examinarla diciéndose que quizás el ladrón la llevase puesta cuando cometió el robo. Pero faltaba el detalle de la coronilla calva. Era una peluca negra y espesa que no presentaba ningún claro.

—Por lo visto, te interesa mucho mi peluca —dijo riendo el acróbata—. Los que tenemos esta profesión no podemos permitirnos el lujo de ser calvos. Tenemos que aparecer ante el público jóvenes y guapos. Ahora os daré un autógrafo a cada uno y haréis el favor de marcharos.

—Muchas gracias —dijo Peter, entregando al hombre un papel y un lápiz.

En este momento se acercó a ellos un osezno, con su andar patoso y lanzando gruñidos.

—¡Mirad, mirad! —exclamó Janet alegremente—. Por lo visto, le hemos sido simpáticos. ¡Ven, osito, ven!

El animalito se levantó sobre sus patas traseras y restregó su cuerpo contra las piernas de Janet. La niña le rodeó con sus brazos e intentó levantarlo hasta su pecho; pero el osito pesaba demasiado para sus escasas fuerzas. En esto llegó un joven malcarado, que cogió al animalito por el cuello y empezó a zarandearle.

—¡Ven aquí, mal bicho!

El osito empezó a gemir.

—¡No le pegue! —suplicó Janet, apenada—. ¡Tan cariñoso como es! El pobrecito ha venido a vernos.

El joven vestía del modo más extraño. Llevaba una blusa de mujer con botones dorados, un ridículo sombrero adornado con flores y unos pantalones de franela llenos de mugre. Peter observó su rostro con viva curiosidad.

—¿Ha salido a la pista? —preguntó cuando se hubo marchado el joven —. Yo no lo recuerdo.

—Sí que ha salido —repuso el acróbata mientras escribía los autógrafos —. Es uno de los zancudos y el que se cuida de que no falte nada a los animales del circo. Se llama Luis. ¿No os gustaría venir a ver los osos en su jaula algún día? Son muy mansos. Y el viejo Jumbo, el elefante, se comerá muy a gusto un par de panecillos si se los traéis. Es tan dócil como un perro.

—¡Claro que nos gustaría ver a los animales! —exclamó Janet, pensando que así podría estrechar su amistad con el osezno—. ¿Podemos venir mañana?

—¡Pues claro que sí! Venid por la mañana y preguntad por mí. Me llamo Tríncolo.

Los niños le dieron las gracias y se alejaron del lugar donde estaba montado el circo.

Hasta que estuvieron seguros de que no podían oírles los artistas, no despegaron los labios.

—Me alegro de que el ladrón no sea Tríncolo —dijo Janet—. ¡Es tan simpático! Tiene una cara la mar de graciosa. ¡Qué impresión recibí cuando se quitó la peluca!

—Y yo —dijo Peter—. Me quedé pasmado como un tonto. Qué chasco, ¿eh? Yo creía estar viendo la cara del ladrón cuando miraba a Tríncolo. Me pareció que eran casi iguales, pero ahora veo que son muy diferentes. El hombre que estaba escondido en la retama era mucho más joven.

—No debemos fiarnos de las caras —repuso Colín—. Lo mejor es buscar a un hombre que lleve un jersey azul con rayas rojas.

—Pero no es cosa de recorrer toda la comarca en busca de jerseys azules —dijo Pamela—. Sería un trabajo interminable.

—¿Tienes otra idea mejor? —preguntó Colin.

Pamela confesó que no la tenía. Y en el mismo caso estaban los demás.

—Hemos encallado —dijo Peter con un gesto de preocupación—. Este misterio es muy traidor. Varias veces hemos creído encontrar algo, y ha resultado que no era nada.

—¿Iremos mañana a ver a los animales del circo? —preguntó Pamela. Y añadió en seguida—: No se trata de buscar al ladrón, pues ya sabemos que no puede ser ninguno de los acróbatas, sino sólo de ver a los animales.

—¡Cómo me gustaría volver a ver al osito! —exclamó Janet—. También me encantaría ver de cerca al viejo Jumbo. Tengo chifladura por los elefantes.

—Pues yo creo que no iré —dijo Bárbara—. Los elefantes no me son muy simpáticos.

—Yo, desde luego, no iré —dijo Jack—. ¿Y tú, Jorge? Recuerda que quedamos en cambiar sellos.

—Es verdad —respondió Jorge—. Jack y yo no podemos ir. ¿Verdad que no te importa, Peter? Sólo vais para ver los osos y los elefantes. Por lo tanto, no se trata de una visita oficial del club.

—Bien —repuso Peter—; iremos sólo Janet Pamela, Colin y yo. Pero no olvidéis que andamos a la busca de un jersey azul con rayas rojas. Nunca se sabe las cosas interesantes que se pueden ver si se tienen los ojos muy abiertos.

Peter no se equivocaba en esto. Pero estaba muy lejos de sospechar que, al visitar el circo al día siguiente, él y sus tres compañeros harían un descubrimiento importantísimo.

# UN NUEVO DESCUBRIMIENTO

A la mañana siguiente, Janet Peter, Colín y Pamela se dirigieron a la explanada donde estaba montado el circo. No llevaron consigo a *Scamper*, porque temían que Jumbo se enfureciera si el perro le husmeaba las patas.

*Scamper* se quedó muy triste. Los muchachos no cesaron de oír sus aullidos hasta que estuvieron muy lejos de la casa.

—¡Pobre *Scamper*! —se lamentó Janet—. ¡Tanto como me habría gustado traerlo! Pero habría sido capaz de meterse en la jaula de los leones o de hacer alguna otra trastada parecida. ¡Es tan travieso!

Pronto llegaron a la explanada. Allí estuvieron unos momentos observando a los artistas que ahora se hallaban entregados a la rutina de su vida diaria.

—¡Qué aspecto tan vulgar tienen ahora! —murmuró Janet—. En cambio, en la pista había que ver lo deslumbrantes que estaban.

Aquí y allí se veían personas inclinadas sobre improvisados hornillos, preparando alimentos que, a juzgar por el olor, debían de estar exquisitos. A Peter se le hizo la boca agua.

Pronto encontraron a Tríncolo, el cual, cumpliendo su palabra, los guió en su visita a los animales del circo. Empezó por conducirlos al lado del viejo Jumbo.

El elefante saludó con la trompa a los niños. Luego apresó por la cintura a Janet y la depositó sobre su cabeza.

Janet lanzó un grito que al principio fue de sorpresa y al final de gozo.

Después fueron a ver al osito. Éste se puso muy contento y sacó sus patas delanteras entre los barrotes para que le dieran la mano. Tríncolo abrió la jaula con objeto de que el animalito pudiera salir.

El osezno salió con su patoso bamboleo y se abrazó a la pierna de Tríncolo mientras miraba con aire travieso a los niños, que contemplaban encantados su graciosa carita de cachorro.

—Si no pesara tanto, de buena gana lo compraría —dijo Janet, que tenía la costumbre de levantar en brazos a los animales que le gustaban, ya que así podía acariciarlos mejor.

—Piensa en la cara que pondría *Scamper* si nos lo lleváramos a casa —le advirtió Peter a su hermana.

Tríncolo los llevó también a ver a los leones. Allí estaba aquel joven malcarado llamado Luis. Entre él y otro barrían la jaula. Luis refunfuñó al ver a los niños, y uno de los leones empezó a rugir.

Janet retrocedió.

—No tema —dijo el domador—; son inofensivos siempre que se les dé buena comida y no se los moleste. Sin embargo, señorita, no se acerque

demasiado… Oye, tú —añadió, dirigiéndose a Luis—, llena el abrevadero: está casi vacío.

Luis hizo lo que se le ordenaba. Los niños vieron cómo volcaba el recipiente para tirar los restos de agua sucia y cómo lo llenaba de agua limpia. No tenía ni pizca de miedo a los leones. A Janet no le era nada simpático aquel joven, pero no pudo menos de admirar su valentía.

No sin pena, los niños advirtieron que era ya hora de marcharse. Se despidieron de Tríncolo con palabras de agradecimiento, acariciaron una vez más al osito y volvieron a pasar por el lado de Jumbo.

A éste le dieron unas palmadas en las patas, recias como pilares. Llegaron hasta la altura que pudieron alcanzar, que no fue el lomo, ni mucho menos, y después echaron a andar entre los carros de vivos colores en busca de la salida. Entonces observaron que una parte de los artistas se habían lavado la ropa y la habían tendido.

Los niños no perdían detalle de lo que veían a su alrededor. De súbito, Pamela se detuvo con la mirada fija en un par de calcetines que pendían de una cuerda. Cuando se volvió a mirar a sus compañeros, éstos la vieron tan impresionada, que se agruparon en torno a ella.

—¿Qué te pasa? —preguntó Peter—. ¿Por qué te has puesto tan colorada?

—No nos espía nadie, ¿verdad? —susurró Pamela—. Escucha, Peter: mira con disimulo aquellos calcetines que están colgados cerca de la puerta. ¿No te recuerdan nada?

Sus tres compañeros recorrieron con la mirada las prendas tendidas: grandes pañuelos, vestidos de niño, medias, calcetines… Ante la agitación de Pamela, Peter esperaba ver un jersey azul. Pero allí no había ningún jersey. ¿Qué demonio sería lo que había trastornado tan profundamente a Pamela? Al fin, vio lo que era: unos calcetines azules con una rayita roja a cada lado. Peter se acordó entonces del trocito de lana que tenía guardado en su agenda ¿Sería esta lana igual que la de aquellos calcetines?

Sacó el pequeño jirón y se acercó a la cuerda para compararlo con los calcetines. El azul y el rojo eran idénticos; el género, el mismo.

—Mira —dijo Pamela—. Aquí hay un pequeño boquete. ¿Lo ves? Falta un trocito de género. Seguro que es el que tú tienes en la mano.

Peter estaba tan convencido de ello como Pamela, De pronto, apareció una vieja que los ahuyentó con malos modos.

—¡No me toquéis la ropa! ¡Hala! ¡Largo de aquí!

Peter no se atrevió a preguntar de quién eran aquellos calcetines, pero estaba seguro de que si lograba averiguarlo, sabría quién era el ladrón.

# GUILLERMO EL COJO

—¿No habéis oído? ¡Os he dicho que largo de aquí! —gritó la vieja, al tiempo que daba a Pamela un empujón.

Lo muchachos se apresuraron a alejarse.

Pamela dijo que aquella mujer era una verdadera bruja.

Se marcharon tan de prisa como les fue posible, en silencio y con los nervios en tensión. Apenas llegaron al camino, todos empezaron a hablar a la vez.

—Ni por asomo se nos ocurrió pensar en unos calcetines. Nuestra única idea era encontrar un jersey azul con rayas rojas. Sin embargo, no cabe duda de que los calcetines que hemos visto pertenecen al ladrón. Están hechos con la misma lana que el trocito que encontramos en el muro. ¡Lástima que no nos hayamos atrevido a preguntar a quién pertenecen! De haberlo hecho, ya sabríamos quién es el ladrón.

A toda prisa regresaron a la finca de Peter y se dirigieron al cobertizo. Allí les esperaban los otros tres miembros del club: Jack, Bárbara y Jorge.

Antes de que Peter pudiera hablarles de los calcetines, Jack empezó a decir:

—¿Os acordáis de aquellas huellas redondas que vimos cerca del muro de «Milton Manor»? Pues hemos encontrado otras exactamente iguales.

—¿Dónde? —preguntó Peter.

—En un barrizal que hay en las cercanías de «Chinney Cottage» —respondió Jack—. Jorge y yo las hemos descubierto. En seguida hemos ido a avisar a Bárbara, y los tres hemos venido hacia aquí para contároslo. Y hay más: Bárbara sabe de qué son esas huellas.

—No os lo podéis imaginar —dijo Bárbara.

—¡Anda, di de qué son! —suplicó Janet, olvidándose de los calcetines.

—Escuchad. Cuando vi en el barrizal unas huellas iguales que las de «Milton Manor», me quedé perpleja, preguntándome quién las habría marcado y con qué. Pero luego recordé quién vive en «Chinney Cottage», y entonces lo vi todo claro.

—Pero ¿de quién son? —preguntó Peter, impaciente.

—¿Sabéis quién vive en «Chinney Cottage»? ¿No lo sabéis? Pues yo os lo diré. Vive Guillermo el cojo, ese hombre que perdió una pierna en la explosión de un barreno y que desde entonces la lleva de palo. Por eso, cuando anda sobre el barro, deja huellas redondas como las que vimos en «Milton Manor». Por lo tanto, no cabe duda de que Guillermo el cojo es el ladrón.

Todos quedaron en silencio, reflexionando sobre lo que Bárbara acababa de explicarles. Peter movió la cabeza.

—No, no es posible que Guillermo el cojo sea el ladrón. Un hombre que sólo tiene una pierna no puede saltar un muro de tres metros de altura. Además, y sobre todo, nuestro ladrón llevaba, sin duda alguna, un par de calcetines, y esto requiere dos piernas.

—¿Cómo sabéis que llevaba un par de calcetines? —preguntó Bárbara con un gesto de asombro.

Entonces Peter contó todo lo referente a la ropa tendida en la explanada del circo. Bárbara quedó pensativa.

—Me habéis convencido —confesó—. En verdad, el ladrón ha de tener dos piernas. Sin embargo, bien pudo estar allí el cojo como cómplice. Tal vez le ayudó a trepar por el muro.

—Eso es lo que tenemos que averiguar —dijo Peter, levantándose—. Vamos a hacer unas cuantas preguntas a ese hombre y a examinar detenidamente las huellas. Nunca habría pensado en un cojo.

Todos se encaminaron a «Chinney Cottage». Junto a la finca había un verdadero barrizal, y en él, numerosas huellas idénticas a las que habían visto en «Milton Manor», Peter se agachó para examinarlas. De su agenda sacó el trocito de cordel cortado por Jorge sobre las huellas de «Milton Manor» y, después de aplicarlo a los hoyos redondos que ahora examinaba, levantó la cabeza, extrañado.

—No, no son las mismas: miden casi dos centímetros menos. Mirad.

Puso el trocito de cordel sobre una de las huellas, y todos pudieron ver que sobresalía por los bordes.

—¡Qué raro! —dijo Jorge—. Pero si no son de Guillermo, pueden ser de otro cojo. ¿Hay más cojos en el pueblo? Necesitamos encontrar uno cuya pierna de palo sea mucho más gruesa.

Todos hicieron esfuerzos por recordar y resultó que ninguno sabía que en el pueblo hubiera otro cojo con pata de palo. Era desesperante.

—¡Mira que es mala suerte! —exclamó Peter—. Cuando parece que tenemos una pista, todo se nos viene abajo. Estamos convencidos de que un hombre que lleva una pierna de palo es cómplice del ladrón, pero también estamos seguros de que este hombre no es Guillermo. Además, sabemos que Guillermo no puede ser el ladrón, porque nos consta que el ladrón llevaba puesto su par de calcetines cuando cometió el robo.

—Y lo peor es —se lamentó Janet— que conocemos los calcetines del ladrón, pero no al ladrón. Estamos ante un misterio cada vez más misterioso. Seguimos hallando pistas que no nos conducen a la meta.

—Tendremos que volver mañana al circo para seguir la pista de los calcetines —dijo Peter—. No podemos preguntar a quién pertenecen, pero sí procurar ver quién los lleva puestos.

—Buena idea —dijo Colin—. Reunámonos allí a las diez y fijémonos en los pies de los hombres para ver qué calcetines llevan.

# UNA CHAQUETA QUE HACE JUEGO CON UNA GORRA

A las diez en punto, los siete miembros del club estaban como un solo hombre en la explanada del circo. Acordaron preguntar nuevamente por Tríncolo, a fin de justificar su visita. Pero el acróbata se había marchado.

—Se ha ido a la ciudad —dijo uno de sus compañeros—. ¿Qué queréis de él?

—Sólo pedirle que nos deje pasear por aquí —repuso Jack—. Nos gustaría ver a los animales y curiosear un poco.

—Ya podéis pasar —dijo el hombre. Y se dirigió a su carro dando volteretas, ante la admiración de los siete miembros del club.

—No sé cómo pueden dar tantos saltos mortales seguidos —dijo Pamela—. Parecen ruedas.

—Tú también puedes hacerlo —le dijo Jorge en broma—. Prueba y verás.

Pamela lo probó, pero quedó tendida en el suelo cuan larga era y riéndose de buena gana.

Una niña del circo, de revueltos cabellos, que se había acercado al grupo, se desternillaba de risa ante el fracaso de Pamela. De pronto, empezó a girar como una hélice, alternando manos y pies y sin tocar apenas el suelo. Su agilidad no tenía nada que envidiar a la del acróbata.

—¡Mirad! —dijo Jorge—. Aquí hasta los niños pequeños saben hacer acrobacias. Hemos de aprender nosotros: a fuerza de práctica lo conseguiremos.

Fueron a ver al osito, que estaba durmiendo la mar de tranquilo, y luego se acercaron a la ropa tendida. ¡Ya no estaban los calcetines! ¡Mejor que

mejor! Seguramente esto era señal de que su propietario los llevaba puestos. Fuera quien fuese, el dueño de aquellos calcetines era el ladrón.

Los niños recorrieron la explanada mirando los tobillos a todos los hombres que se cruzaban en su camino. Pero, por desgracia, ninguno llevaba calcetines. Era como si toda la compañía ignorase que existía esta clase de prenda. ¡Qué contratiempo!

Luis se dirigió a la jaula de los leones. La abrió y entró en ella para hacer la limpieza diaria. No hizo el menor caso a los leones, y éstos tampoco le hicieron caso a él. Janet pensó que debía de ser maravilloso poder pasearse entre leones sin temor alguno.

Luis llevaba arremangados sus sucios pantalones, mostrando sus piernas no menos sucias. Calzaba unos grandes zuecos.

Los niños le estuvieron observando un rato y luego se dispusieron a marcharse. Cuando ya se iban, llegó otro hombre. También a éste le miraron los pies, y vieron que iba sin calcetines, como todos.

Sin embargo, había en él algo que llamó la atención a Jack, el cual se le quedó mirando fijamente. El compañero de Luis frunció el ceño.

—¿Es que tengo monos en la cara? —gruñó—. ¡A mí no me mires con ese descaro, mocoso!

Jack se puso colorado y se volvió hacia sus amigos. Luego se los llevó aparte para que nadie pudiera oírle y les preguntó con voz agitada por la emoción:

—¿Os habéis fijado en la chaqueta que lleva ese hombre? Es del mismo color que la gorra que encontramos en el árbol, aunque no está tan pringosa. No cabe duda de que es de la misma tela.

Los siete se volvieron a mirar al hombre, que en aquel momento empezaba a pintar por fuera la jaula de los leones.

Se había quitado la chaqueta y la había colgado en la llave de la jaula. ¿Cómo se las compondrían para comparar la gorra con la chaqueta?

—¿Has traído la gorra? —preguntó en voz baja Pamela a Peter.

El muchacho asintió, dándose una palmada en el bolsillo de la americana. Llevaba consigo todo aquello que pudiera facilitarles el descubrimiento de una pista; era una elemental medida de previsión.

Pronto se les presentó la ocasión de acercarse. Alguien había llamado al pintor, y éste se fue, dejando el bote de pintura, la brocha y —lo que era más importante— la chaqueta.

Los niños se fueron hacía la prenda inmediatamente.

—Haced como si estuvierais mirando a los leones —susurró Peter—. Yo, entre tanto, comprobaré la americana con la gorra.

Todos concentraron sus miradas en los leones y empezaron a hacer comentarios sobre ellos. Entre tanto, Peter, que tenía la gorra en la mano, la cotejaba detenidamente con la chaqueta.

Pronto volvió a guardarse la gorra. No cabía duda: era la misma tela; la gorra y la chaqueta hacían juego. ¿Sería aquel individuo el ladrón? Pero ¿por qué habría arrojado la gorra a la copa del árbol? ¿Por qué la habría dejado allí abandonada? Esto era inexplicable.

El pintor regresó silbando y se agachó para recoger la brocha. Entonces Colin tuvo ocasión de verle la coronilla.

Después los chicos se alejaron de allí y preguntaron a Peter por el resultado de su investigación.

Peter hizo un movimiento afirmativo de cabeza.

—Son de la misma tela —dijo—. Por lo tanto, este hombre puede ser el ladrón. Tendremos que vigilarle.

Pero Colin replicó inesperadamente:

—No opino lo mismo. He podido verle bien la parte alta de la cabeza. Su pelo es negro como el del hombre que estaba en el árbol, pero le falta la pequeña calva en el centro. Por eso estoy seguro de que no es el ladrón.

# DE NUEVO LAS HUELLAS MISTERIOSAS

Los siete se sentaron en la cerca que rodeaba la explanada del circo. Estaban descorazonados.

—¡Pensar que hemos encontrado una chaqueta que hace juego con la gorra, y ahora resulta que su dueño no puede ser el ladrón, porque su cabeza, mejor dicho, su coronilla, no es la del hombre que estaba en el árbol! —murmuró Peter—. Desde luego, este enigma es cada vez más enigmático. Seguimos encontrando magníficas pistas y todas resultan falsas.

—Y si viéramos a alguien —dijo Janet— con los calcetines azules puestos, tampoco sería el ladrón: lo sería su tía o su abuela.

Todos se echaron a reír.

—Sin embargo —dijo Peter—, no estamos seguros de que la gorra tenga algo que ver con el robo del collar. Lo único que podemos afirmar es que estaba entre las ramas de un árbol cerca del lugar por donde el ladrón saltó el muro.

—Pues yo estoy seguro de que esa gorra tiene algo que ver con el misterio —dijo Jorge—. Lo que no sé es de qué modo está relacionada con él.

Todos estaban compungidos. ¡Qué aventura tan complicada!

En esto, Janet lanzó un grito ahogado.

—¿Qué pasa? ¿Se te ha ocurrido algo? —preguntó Peter.

—No —repuso Janet—. Es que estoy viendo algo interesante.

Y diciendo estas palabras, señaló hacia su derecha.

Todos miraron en la dirección que Janet indicaba. Y se quedaron pasmados. El terreno estaba húmedo, y en un lugar cubierto de barro se

veían unas huellas profundas, redondas, regulares, idénticas a las observadas cerca del muro de «Milton Manor» y parecidas a las marcadas por el cojo en los alrededores de su vivienda.

—Éstas sí que tienen la misma medida —dijo Peter, bajando de un salto de la valla—. Son mayores que las que dejó el cojo con su pata de palo. Voy a medirlas.

Sacó el trocito de cordel y lo colocó sobre una de las huellas con sumo cuidado. Después hizo la prueba con dos huellas más. Su semblante resplandecía de contento cuando levantó la cabeza.

—¿Veis? Tienen la misma medida. Estas huellas son idénticas a las que vimos junto al muro escalado por el ladrón.

—Entonces, en este circo hay también un hombre con una pierna de palo —exclamó Colin, nervioso—. No será el ladrón, porque un cojo no puede saltar un muro tan alto, pero tendrá algo que ver con el ladrón.

—Hay que dar con ese cojo —dijo Jorge—, pues si descubrimos quién es el mejor amigo del ladrón…, su compañero de carro, por ejemplo…, habremos descubierto al ladrón mismo. Y veréis como lleva puestos los calcetines azules que estaban tendidos.

—Me parece que nos vamos acercando a la verdadera pista.

En este momento, la niña acróbata, que se había ido acercando a ellos, se mezcló en la conversación.

—No seáis tontos —dijo—. Aquí no hay cojos. No se pueden hacer acrobacias con una pierna de palo. En el circo todos tenemos dos piernas, ¡y buena falta nos hacen! Estáis en Babia.

Peter la miró, muy serio.

—Oye, nena: sabemos que hay un cojo en el circo. Toma un penique y dinos dónde está.

La chiquilla atrapó la moneda en el aire y se echó a reír.

—Me quedo con el penique y os repito que el cojo que buscáis no está aquí. ¿Cómo va a haber en un circo un patapalo? ¡Cuidado que sois cabezotas!

Y se alejó, dejándoles con la palabra en la boca y dando volteretas tan de prisa como las daban los payasos en la pista.

—Aunque la matarais —dijo una mujer desde un carro próximo—, no os podría decir otra cosa, porque ha dicho la pura verdad. ¿Qué haría un cojo entre nosotros?

Y se retiró al interior de su carro, cerrando la puerta.

Otra vez los siete miembros del club cayeron en un profundo abatimiento: de nuevo fallaba todo.

Peter refunfuñó:

—Encontramos unas huellas en los alrededores de «Chinney Cottage» y estamos seguros de que pertenecen al ladrón. Pero después resulta que son

de un cojo que no tiene nada que ver con este misterio. Y cuando descubrimos las huellas de la misma medida que las de «Milton Manor», están en un lugar donde nos aseguran que no hay cojos. ¡Esto es un rompecabezas! ¡Ni el diablo lo entiende!

—Sigamos el rastro —propuso Janet—. Resultará difícil seguirlo entre la hierba, pero quizá lo consigamos.

Todos estuvieron de acuerdo y siguieron, no sin dificultad, las huellas. Pronto se encontraron ante un carro de dimensiones reducidas, próximo a la jaula de los leones. Junto a éste había otro carro mayor en cuya escalerilla estaba sentado Luis.

Mientras el joven les miraba sorprendido, los chicos subieron al carro pequeño y empezaron a inspeccionar su interior. No tenía aspecto de estar habitado. Allí sólo se veían objetos y enseres de circo.

De pronto, una piedra entró como un proyectil en el carro, haciendo saltar a los siete miembros del club.

—¡Fuera de aquí, bribones! —gritó Luis mientras cogía otra piedra—. ¿Es que no me oís? ¡Largo de aquí, granujas!

# PETER Y COLÍN EN PELIGRO

Los siete huyeron a todo correr sin detenerse a contestar a los insultos de Luis.

Pronto se encontraron lejos de la explanada. Ya en el camino, Jorge empezó a frotarse una pierna: había recibido en ella una pedrada.

—¡El muy bruto! Es extraño que se haya puesto tan furioso sólo porque hemos entrado en ese viejo carromato que no es más que un trastero.

—A lo mejor —dijo Janet en broma—, el ladrón tiene escondido allí el collar.

Peter se la quedó mirando, pensativo.

—¿Sabes que puedes haber dado en el clavo? —dijo lentamente—. Antes sólo sabíamos que el ladrón estaba en el circo. Ahora sabemos dónde tiene escondido el collar. Si las perlas no estuvieran en ese carricoche, Luis no se habría puesto tan furioso.

—Me gustaría hacer un buen registro entre los montones de trastos —dijo Colin, pensativo—. Pero no es posible.

—¡Vaya si lo es! —replicó Peter—. Tú y yo asistiremos a la función de esta noche; y cuando todos estén en la pista o junto a ella esperando su turno, nosotros registraremos el carromato en busca del collar.

—Yo no creo que esté allí —dijo Pamela—. No es un sitio muy a propósito para esconderlo.

—Pues a mí me dice el corazón que sí que está en ese carro —replicó Peter tercamente—. No sé explicar por qué, pero así lo creo. Las huellas redondas se dirigían a ese carro. De eso no hay duda.

—Yo no veo la cosa clara —dijo Bárbara—. Recuerda que esas huellas son de un cojo y que en el circo no hay ninguno. Esta aventura no tiene pies ni cabeza.

—Sí que tiene —objetó Jorge—. Lo que pasa es que es algo así como un gran rompecabezas. Por separado, las piezas no dicen nada; es más, confunden. Pero estoy seguro de que cuando consigamos encajarlas ordenadamente, veremos un cuadro completo y perfecto.

—Tienes razón —dijo Pamela—. Todo lo que hemos encontrado hasta ahora han sido piezas sueltas, y estoy segura de que encajan unas con otras. Lo malo es que no sabemos cómo acoplarlas. Una brizna de lana azul que pertenece a unos calcetines; estos calcetines colgados en una cuerda; una gorra en la copa de un árbol; una chaqueta de la misma tela que una gorra; un hombre que lleva la chaqueta, pero que no es el ladrón; y, en fin, esas extrañas huellas redondas que aparecen en dos lugares distanciados entre sí y que no sabemos de quién son.

—Ahora hemos de irnos a casa —dijo Peter, consultando su reloj—. Es ya casi la hora de comer. Hemos perdido toda la mañana. Tanto enredo ya me va cargando. Estoy hasta la coronilla de pistas que sólo sirven para despistarnos.

Poco después, cuando ya iban de regreso, Peter decidió:

—Hoy no volveremos a reunimos. Colin y yo iremos solos al circo esta noche. Trae la linterna, Colin. Sería una suerte que encontrásemos el collar escondido entre los trastos del carromato.

—No te hagas ilusiones. No comprendo por qué te empeñas en buscar el collar en ese carro. Sin embargo, nos encontraremos esta noche a la puerta del circo.

Colin llegó primero. Poco después apareció Peter corriendo. Entraron juntos, lamentándose por los dos chelines que habían tenido que dejarse en la taquilla.

—¡Y sólo por media función! —se quejó Peter en voz baja.

Los dos amigos se colocaron cerca de la puerta para poder salir fácilmente sin ser vistos, Se sentaron y esperaron impacientes a que empezara la función.

Fue una función sencillamente magnífica. Los payasos, los zancudos, los acróbatas trabajaron como nunca. A Colin y a Peter no les hizo la menor gracia tener que dejar sus asientos sin ver el resto del espectáculo.

El recinto del circo se hallaba en la más completa oscuridad. Se equivocaron varias veces de camino, pero, al fin, dieron con la dirección que debían seguir.

—Por aquí —dijo Peter, cogiendo a Colin del brazo—. Mira: aquél es el carromato; estoy seguro.

Cautelosamente, se acercaron a él. No se atrevieron a encender las linternas: temían que alguien les viese. Peter tropezó con la escalerilla y empezó a subir los escalones con todo cuidado.

—Ven —susurró a Colin—. Podemos entrar, pues la puerta está sólo entornada. Nos encerraremos para poder buscar con tranquilidad.

Al entrar, andando a tientas, tropezaron con algo.

—¿Podemos encender ya las linternas? —preguntó Colin en voz baja.

—Sí; no oigo que nadie ande cerca —respondió Peter.

Formando pantalla con las manos, enfocaron las linternas al fondo del vehículo.

Su sorpresa fue mayúscula. Habían cometido una equivocación: no estaban en el atiborrado trastero, sino en un coche-vivienda donde reinaban la limpieza y el orden.

¿Qué pasaría, Dios santo, si los encontraban allí?

—¡Salgamos de aquí cuanto antes! —dijo Peter.

Pero Colin se aferró a su brazo. Había oído voces muy cerca. Alguien estaba subiendo la escalerilla de la entrada. Los dos estaban paralizados por el temor, sin saber qué hacer.

# PRISIONEROS

—¡Escóndete debajo de este camastro; pronto! —murmuró Peter, temblando de miedo—. Yo me meteré debajo del otro.

Cada uno se deslizó debajo de una cama y los dos quedaron ocultos por los volantes de las cubiertas.

Segundos después, dos hombres entraban en el carromato. Uno de ellos encendió una lámpara y se sentó en una de las camas, mientras su compañero hacía lo mismo en la otra. Peter y Colín sólo podían ver los pies de los hombres.

De pronto, Peter quedó petrificado. El hombre que estaba sentado en el camastro de enfrente, es decir, el que tenía debajo a Colin, se había subido las perneras de los pantalones y mostraba unos calcetines azules con rayas rojas.

¡Era desesperante! Tenía enfrente al hombre que sin duda era el ladrón, y no podía ver su cara ni averiguar quién era. ¿Quién podía ser?

—Esta noche tomo las de Villadiego —dijo uno de los hombres—. Estoy harto de esta vida. Me paso el día recibiendo escándalos y disgustos. Además, me temo que la policía acabará por encontrar la pista de nuestra última faena.

—Tú siempre piensas lo peor —dijo el hombre de los calcetines—. Avísame cuando estés en lugar seguro; así podré llevarte el collar. Pero ya sabes que puede estar en su escondrijo meses enteros si es necesario.

—¿Estás seguro de que es un buen escondite? —preguntó el otro.

El de los calcetines se echó a reír y dio esta extraña respuesta:

—Ya se cuidan los leones de que lo sea.

Peter y Colin escuchaban con una mezcla de temor y curiosidad. Ya podían asegurar que habían descubierto al ladrón y que éste era el hombre de los calcetines. Otra cosa que sabían era que el collar se hallaba en lugar seguro y que allí estaría bastante tiempo. Por otra parte, no cabía duda de que el otro hombre tenía miedo y quería huir. Por eso dijo:

—Di que no me encuentro bien y que no puedo hacer mi número esta noche. Creo que lo mejor es que me vaya ahora que todos están en la pista o esperando salir. ¿Quieres enganchar los caballos?

El hombre de los calcetines se levantó, abrió la puerta y bajó la escalerilla. Peter y Colin tenían la esperanza de que el otro se fuera también. Entonces saldrían del carro. Pero el otro hombre no se movió: se quedó sentado, repiqueteando con los dedos sobre algo que los chicos no veían. Era evidente que estaba atemorizado y nervioso. Peter y Colin oyeron enganchar los caballos al carromato. Luego, el hombre de los calcetines dijo desde la puerta:

—Ya están enganchados; puedes pasar al pescante. ¡Hasta la vista!

El hombre se dirigió a la puerta y se dispuso a bajar la escalerilla. Seguidamente, y ante el estupor de los muchachos, cerró la puerta con llave. Luego pasó a la parte delantera del carro, subió al pescante, fustigó a los caballos, y el carruaje salió del recinto a buena marcha.

—¡Qué horror! —exclamó Colin—. La puerta está cerrada. ¡Estamos prisioneros!

—Sí —dijo Peter, saliendo de su escondrijo—. ¡Qué racha de mala suerte!

Y repitió:

—¡Sí, tenemos una racha de mala suerte! Porque supongo, Colin, que te habrás dado cuenta de que uno de los dos hombres lleva los calcetines azules, y es precisamente el que se ha quedado en el circo. ¡Es tener mala pata!

—Pero hemos averiguado muchas cosas —dijo Colin, saliendo también de su escondite—. Por ejemplo, sabemos con toda seguridad que el collar está escondido en el recinto del circo. ¿Qué han dicho de los leones? ¿Tú lo has entendido?

—No. Sin embargo, de sus palabras se podría deducir que el collar está en la jaula de los leones, Tal vez lo hayan escondido debajo de las maderas del suelo. ¿No te parece?

—Hemos de huir a toda costa —dijo Colin, desesperado—. ¿Quieres que saltemos por una ventana?

Los dos miraron con toda clase de precauciones por el ventanillo que comunicaba el interior del carro con el pescante. Querían ver cómo era el hombre que conducía. El carromato pasaba junto a un farol callejero en aquel momento, y Peter dio un codazo a Colín.

—¡Mira! —dijo en voz muy baja—. El que conduce el carro lleva la chaqueta escocesa que hace juego con la gorra que encontramos en la copa del árbol. Debe de ser el hombre que pintaba la jaula de los leones.

—Sí. El ladrón debió de ponerse la gorra de su compañero de carro —dijo Colín—. Con esto, quedan encajadas dos piezas del rompecabezas.

Trataron de abrir las ventanas, una tras otra pero estaban tan encajadas que no cedían. Colin volvió a tirar, esta vez fuerte, e hizo ruido, dando lugar a que el hombre volviese la cabeza. Como en este momento pasaban junto a otro farol, el conductor debió de ver a los chicos, pues detuvo el vehículo en el acto. Luego bajó del pescante y se dirigió a la parte posterior, a la puerta.

—¡Estamos perdidos! —dijo Peter con voz ahogada—. ¡Escóndete, Colin! ¡Pronto! Ya está abriendo la puerta.

# OTRA VEZ EN EL CIRCO

Se oyó girar la llave en la cerradura y la puerta se abrió. Un cono de luz empezó a dar vueltas por el interior del carro. Peter y Colin estaban debajo de las camas, de modo que no se los podía ver. Pero el hombre estaba tan seguro de que allí había alguien, que pronto miró debajo de una cama y descubrió a Peter. En seguida le sacó de un tirón y lo zarandeó brutalmente. Luego empezó a golpearle con tal violencia, que el muchacho no pudo contener un grito. Inmediatamente, Colin dejó su escondite para acudir en ayuda de Peter.

—¿De modo que sois dos? —exclamó el hombre—. ¿Queréis decirme qué hacéis en mi carro? ¿Cuánto tiempo lleváis aquí?

—No mucho —se apresuró a contestar Peter—. Entramos en este carro por equivocación. Queríamos subir a otro, pero nos desorientamos en la oscuridad.

—No os creo. Os voy a dar una buena paliza para que aprendáis a no meteros donde no os llaman.

Dejó su linterna en un estante y se arremangó. Los chicos empezaron a temblar ante aquella actitud amenazadora.

Con súbita inspiración, Colín dio un manotazo a la linterna, que fue dando vueltas por el aire y se estrelló contra el suelo. La bombilla se hizo añicos y el coche quedó sumido en la oscuridad.

—¡Los dos a la vez, Peter! —gritó Colin.

Acto seguido, se arrojó a las piernas del hombre; pero la oscuridad le impidió precisar el salto y salió disparado por la portezuela, yendo a caer sobre el polvo del camino.

Peter recibió un golpe tan fuerte en la cabeza, que se tambaleó. Pero en seguida se arrojó a las piernas del enemigo y consiguió aferrarse a una de ellas.

El bandido se enfureció y le lanzó nuevos golpes, pero perdió el equilibrio y quedó tendido en el suelo.

De ello se aprovechó Peter para darse a la fuga. En su precipitación, cayó rodando por la escalerilla y fue a parar a la cuneta.

En este momento, los caballos se espantaron y emprendieron veloz carrera, arrastrando al coche, que se tambaleaba como un péndulo.

Y con el carro se alejó su dueño, que sin duda todavía estaba aturdido a consecuencia de la caída.

—¡Colín! —gritó Peter—. ¿Dónde estás? ¡Ven en seguida! Los caballos se han espantado y han echado a correr, arrastrando al coche y al cochero. ¡Aprovechemos la ocasión!

Colín estaba escondido, no lejos de allí, en la cuneta. Corrió a reunirse con Peter, y los dos salieron como flechas en dirección contraria a la que seguía el coche.

Cuando vieron que se habían distanciado del carro lo suficiente para estar tranquilos, dejaron de correr.

—Todo nos sale mal —dijo Colin—. Ni siquiera acertamos a subir al carruaje que nos interesaba registrar.

—Pero hemos averiguado muchas cosas —replicó Peter—. Y sabemos lo principal: que el ladrón lleva en este momento los calcetines azules. Cierto que no sabemos quién es, pero a mí me parece haber reconocido su voz.

—A todo esto, ¿tienes idea de dónde estamos? —preguntó Colin—. Yo ni siquiera sé si vamos hacia casa o en dirección opuesta. Como todo nos sale al revés, bien podría ser que ahora nos ocurriese lo mismo.

—No temas —repuso Peter—. Vamos hacia casa. No tardaremos en llegar al circo. ¿Quieres que volvamos a entrar para ver si damos con el hombre de los calcetines? Verás como esta vez nos salimos con la nuestra.

Colin no aceptó. Consideraba que ya habían pasado bastante aquella noche. Si Peter quería entrar, que entrase. Él le esperaría a la puerta y con la condición de que no tardase demasiado.

Y Peter saltó la valla y se dirigió a la parte iluminada del recinto. La función había terminado ya y el público se había marchado. Los artistas estaban cenando a la luz de hogueras y faroles. Entre ellos, varios niños jugaban y correteaban. Uno de éstos parecía mucho más alto que los otros. Peter le observó y pronto se dio cuenta de que llevaba unos largos zancos. Estaba imitando a los zancudos que salían a la pista. Era aquella valiente niña que les había informado de que no había cojos en el circo.

Pasó junto a Peter, pero no le vio, porque se había escondido detrás de un carro. Además, la niña estaba absorta en la tarea de mantener el equilibrio sobre los zancos. Cuando la pequeña zancuda se alejó, Peter estaba petrificado, con la mirada fija en el suelo. Los zancos de la niña habían dejado unas huellas redondas y regulares, profundas y continuas, exactamente iguales a las que había junto al muro de «Milton Manor». Allí estaban, destacándose en la tierra fangosa, a la luz de un farol cercano.

—¡Qué zoquetes hemos sido! —murmuró Peter, avergonzado de su ceguera—. Las huellas redondas no son de una pata de palo, sino de unos zancos. Es increíble que no lo hayamos visto desde el primer momento.

# EXPLICACIONES SOBRE EL TERRENO

Peter no apartaba los ojos de las huellas circulares. La niña seguía yendo de un lado a otro con sus zancos y dejando profundas huellas por dondequiera que pasaba. ¡Otra pieza del rompecabezas que encajaba en su lugar! El ladrón era un zancudo. Desde la altura de sus zancos había podido pasar a la cima del muro fácilmente.

—Tengo que explicárselo a Colin —se dijo para sí Peter.

Y corrió a reunirse con su compañero.

—¡Colin, he descubierto algo de gran importancia! Ya sé de dónde vienen las huellas redondas. No tienen nada que ver con las patas de palo de los cojos.

—Entonces ¿de qué son?

—De unos zancos. El ladrón es un zancudo. Con los zancos puestos, le fue fácil alcanzar la cima del muro.

—Pero ¿cómo se las arregló para pasar al otro lado sin nada en los pies? —preguntó Colin—. En fin, lo mejor será que nos vayamos a casita. No estoy para discurrir ni comprender nada: es ya muy tarde y me caigo de sueño.

—Yo tampoco veo la cosa del todo clara —dijo Peter—. Bueno, dejemos este asunto para mejor ocasión. Mañana nos reuniremos. Entre tanto, habremos tenido tiempo para pensar. Janet se encargará de avisar a todos. En este momento no puedo comprender cómo se las compondría el ladrón para librarse de los zancos después de llegar al muro.

Colin lanzó un gran bostezo. En aquel momento era incapaz de hacer la menor deducción. Todavía notaba los efectos de su caída del carro. Le dolía

la cabeza y su único deseo era acostarse y dormir.

Cuando Peter llegó a casa, Janet dormía profundamente y no quiso despertarla.

Se acostó con el propósito de reflexionar sobre su último descubrimiento; pero el sueño lo venció y se quedó dormido como un tronco.

A la mañana siguiente no dijo a Janet ni una palabra de su aventura nocturna: se limitó a enviarla a convocar a los socios del club.

Expectantes y puntuales, fueron llegando uno tras otro. Decían el santo y seña: «Aventura», y se les abría la puerta Colin fue el último en acudir. Se excusó diciendo que se le habían pegado las sábanas.

—¿Qué ocurrió anoche? —preguntó Pamela, impaciente—. ¿Encontrasteis el collar? ¿Ya sabéis quién es el ladrón?

—No encontramos el collar, pero ya lo sabemos todo —dijo Peter, triunfante.

—¿Lo sabemos? —exclamó Colin—. Lo sabrás tú, Peter; pues lo que es yo, estoy tan confundido como anoche.

—¡Cuenta, Peter; por favor! —suplicó Jorge—. ¡No nos hagas esperar más!

—Vamos a «La Pequeña Selva» —dijo Peter— y os explicaré cómo saltó el ladrón el muro.

El jefe del club tomó esta decisión por parecerle que explicar las cosas sobre el terreno era lo mejor para poder atar todos los cabos sueltos.

—Explícanoslo aquí —suplicó Janet.

—No —replicó Peter—; ha de ser en el lugar del suceso.

Se dirigieron, pues, a «La Pequeña Selva» y se acercaron a la entrada de «Milton Manor». De nuevo hallaron a Johns trabajando en el jardín.

—¿Podemos entrar otra vez, Johns? —preguntó Peter—. No estropearemos nada.

Johns abrió la verja, sonriendo.

—¿Qué? ¿Habéis averiguado algo?

—Mucho —repuso Peter, mientras se dirigía al lugar por donde el ladrón había saltado el muro—. Venga usted con nosotros, Johns, y verá cuántas cosas hemos descubierto.

—Id vosotros; yo iré después. Primero he de dar paso a este coche —dijo, señalando un auto que acababa de parar ante la verja.

Los muchachos se agruparon junto al muro.

—¡Atención! —dijo Peter—. Vais a saber lo que ocurrió. El ladrón sabía andar sobre zancos. Llegó a través del bosque, se los puso, se acercó al muro y se sentó en él. Entonces se quitó los zancos y los pasó al otro lado de la pared. Siguió andando sobre ellos hasta donde le convino, se los volvió a quitar y los escondió en un seto.

—¿Y qué más? —le apremió Janet.

—Entró en la casa, robó el collar, volvió a calzarse los zancos y saltó de nuevo el muro.

—¡Ahora lo comprendo todo! —exclamó Pamela—. Estas huellas redondas son de un par de zancos.

—Naturalmente —dijo el jefe del club. Y siguió explicando—: Cuando el ladrón se acercó al muro, su gorra quedó prendida en la rama donde la

encontramos, y él no la recogió para no perder tiempo. Después se sentó en el muro, y en este momento su calcetín se enganchó en el canto del ladrillo saliente. Luego el ladrón saltó al exterior.

—Entonces fue cuando yo lo vi —dijo Colín—. Pero ahora caigo en un detalle. Entonces no llevaba puestos los zancos. ¿Qué habría hecho de ellos?

# ¿DÓNDE ESTÁ EL COLLAR?

—¿Queréis saber lo que hizo el ladrón con los zancos después de utilizarlos para robar el collar? —preguntó Peter—. A decir verdad, no puedo asegurar nada, pero yo juraría que los arrojó a la copa de un árbol de espeso follaje, donde quedaron bien ocultos.

—Opino como tú —dijo Pamela—, pero lo importante es saber a qué árbol los tiró.

Todos empezaron a mirar a derecha e izquierda, tratando de descubrir un árbol lo bastante frondoso para que su ramaje pudiera ocultar unos zancos.

—¡Mirad aquel acebo! —exclamó Colín, señalando un árbol de la parte exterior, cuya copa asomaba por encima del muro—. Esos árboles están siempre verdes y su copa es muy tupida. Además, nadie se atreve a tocar sus ramas porque están infestadas de espinas.

—Desde luego —dijo Peter—, es un buen escondrijo. Vamos a verlo de cerca.

Todos siguieron a su jefe por el jardín de «Milton Manor», de donde salieron para situarse al otro lado del muro.

Al punto advirtieron que les sería difícil apartar las punzantes ramas del acebo para buscar los zancos, Pero ¡qué casualidad y qué suerte!: aún no habían terminado de hacerse esta reflexión, cuando vieron entre las ramas dos largos zancos. Colin se encargó de sacar uno y Peter tiró del otro.

—¡Qué talento tienes, Peter! —exclamó Janet—. Has descifrado el misterio y ahora todo lo vemos tan claro como la luz: la pringosa gorra que colgaba de una rama, el retazo de lana, las huellas redondas, cómo pudo el

ladrón saltar un muro tan alto… Sin duda, el Club de los Siete Secretos ha demostrado una gran sabiduría.

—Así lo creo yo también —dijo una voz a espaldas de los niños.

Todos volvieron la cabeza. Allí estaba el inspector de policía amigo, sofocado, jadeante y satisfecho. Los niños vieron que no lejos de él estaba Johns, el jardinero.

—¿Usted aquí, inspector? —exclamó Peter con un gesto de sorpresa—. ¿Nos estaba escuchando?

—Sí —repuso el inspector, con evidente satisfacción, pero respirando todavía con dificultad—. Cuando Johns ha abierto la verja para que yo

pudiese entrar con mi coche, me ha dicho que estabais sobre la pista, y yo he deducido que lo teníais todo solucionado al veros correr hacia fuera. Bueno, ¿qué hay que hacer ahora? Os hago esta pregunta porque es evidente que habéis vencido a la policía.

Peter se echó a reír.

—Oiga, señor inspector: nosotros podemos introducirnos en el circo sin que nadie sospeche nada. En cambio, si usted envía a siete policías para que investiguen, puede estar seguro de que todo el mundo se coserá la boca.

—De eso no cabe duda —convino el inspector.

Luego cogió los zancos y los examinó detenidamente.

—En verdad, el ladrón tuvo una excelente idea. No hay nada mejor que esto para escalar un muro tan alto. Supongo que también me podréis decir quién es el culpable.

—Es un zancudo —repuso Peter—. De esto no me cabe duda. Y me parece que es un individuo llamado Luis. Si usted va al circo, le será fácil reconocerlo por el detalle de que lleva unos calcetines azules con dos rayitas rojas a los lados.

—Y su pelo es negro —dijo Colin—, y tiene una pequeña calva en la coronilla. Por lo menos, el hombre que yo vi en el árbol la tenía.

El inspector estaba admirado.

—¡Es asombroso que hayáis averiguado tantas cosas! —exclamó—. Sólo falta que me digáis de qué color son los pijamas del culpable. Voy a ver a ese hombre. ¿Por qué no me acompañáis? Vendrá con nosotros una pareja de fornidos agentes.

Pamela se imaginó la entrada en el circo de los siete del club acompañados de tres policías, y preguntó:

—¿No le parece que los artistas se asustarán cuando nos vean?

—Se asustarán los que tengan motivo para asustarse —repuso el inspector—. Quiero comprobar por mis propios ojos si el ladrón tiene una calva en la coronilla… Pero ¿cómo demonio os las componéis para averiguar tantas cosas? Esto es algo que merece anotarse.

Todos se dirigieron al circo. Primero llegaron los tres policías, porque fueron en auto. Pero esperaron a los chicos y entraron los diez juntos, ante el asombro de la gente del circo.

—Aquél es Luis —dijo Peter señalando al joven malcarado, que estaba junto a la jaula de los leones—. ¡Qué mala pata! No lleva calcetines.

—Tendremos que echar una mirada a su cabeza —dijo Colin.

Luis se quedó de piedra al verlos acercarse. Sus ojos miraron inquietos la figura del gigantesco inspector.

—No llevas calcetines, ¿verdad? —preguntó el policía ante el estupor de Luis—. Súbete los pantalones.

Y pudieron ver que, como Peter había observado, Luis no llevaba calcetines.

—¿Quiere usted decirle que se agache, señor inspector? —dijo Colin, dejando a Luis todavía más asombrado.

—Agáchate —ordenó el inspector.

Luis, muerto de miedo, inclinó la cabeza como si saludara al público.

Colin lanzó un grito.

—¡Éste es! ¡Estoy seguro! Miren la pequeña calva que hay en su coronilla. Es la misma que yo vi cuando los dos estábamos en la copa del árbol.

—Muy bien —dijo el inspector—. Y ahora, joven, tengo que hacerle una pregunta. ¿Dónde está el collar de perlas?

# FIN DE LA AVENTURA

Luis les dirigió a todos una furiosa mirada.

—¿Estáis locos? —exclamó—. Primero me pedís que os enseñe las piernas, luego que me agache, y ahora usted me pregunta por un collar de perlas. ¿Qué collar? Yo no sé nada de ningún collar.

—¡Vaya si sabes! —dijo el inspector—. Y nosotros también muchas cosas de ti. Utilizaste unos zancos para pasar al otro lado del muro, ¿verdad? Me refiero al que rodea a «Milton Manor». Cuando ya tenías el collar en tu poder, volviste al muro, te pusiste de nuevo los zancos y así pudiste sentarte en lo alto de la pared. Allí estuviste un momento, a horcajadas, y luego, de un salto, quedaste fuera de la finca.

—No sé de qué me habla usted —gruñó Luis, palideciendo.

—Entonces refrescaré tu memoria —dijo el inspector—. Dejaste a tu espalda huellas de zancos, esta gorra que pendía de una alta rama y este trocito de lana de tus calcetines. También dejaste tus zancos en la copa de un acebo. No cabe duda de que todas estas maniobras las hiciste con algún fin. Así es que dinos de una vez dónde está el collar de perlas.

—Ya que tan listo es, búsquelo —refunfuñó Luis—. Aunque, a lo mejor, se lo llevó mi hermano, que se marchó anoche.

—Se marchó —dijo Peter—, pero no se llevó el collar. Yo estaba en el carro y oí toda la conversación que sostuvieron ustedes.

Luis dirigió a Peter una mirada furibunda, pero no desplegó los labios.

Peter continuó:

—Y usted dijo que el collar estaba en lugar seguro, porque lo guardaban los leones. ¿Verdad que lo dijo? Confiéselo.

Luis seguía guardando silencio.

—Perfectamente —dijo el inspector—. Interrogaremos a los leones.

Acompañados de los siete niños y de algunos artistas que habían escuchado con gran interés el interrogatorio, los policías se dirigieron a la jaula de los leones. El osito, que estaba en libertad en aquel momento, se agregó alegremente a la comitiva.

El inspector mandó llamar al domador de los leones y éste se presentó en seguida con un gesto de sorpresa e inquietud.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó el inspector.

—Ricardo —repuso el domador.

—Pues bien, Ricardo. Tenemos razones para creer que sus leones guardan un collar de perlas en algún lugar de la jaula o de sus cuerpos.

Ricardo abrió los ojos desmesuradamente y miró al policía como si no pudiera creer lo que estaba oyendo.

—Abra la jaula, entre y busque —ordenó el inspector—. Mire si hay alguna madera suelta o algún hueco donde se pueda haber escondido algo.

Ricardo, aunque todavía no había conseguido reponerse de su sorpresa hizo lo que se le ordenaba. Los leones le miraron cuando entró y uno de ellos maulló como un gato, aunque mucho más fuerte.

El domador revisó toda la jaula. No había ninguna madera suelta. Se volvió hacía los que le observaban.

—Señor —dijo al inspector—, como usted ve, en esta jaula no hay nada más que los leones. Tal vez piense usted que éstos podrían llevar el collar escondido en las melenas, pero esto no es posible, porque se lo habrían quitado a zarpazos.

Peter no apartaba los ojos de la cara de Luis. Al ver que miraba ansiosamente y a cada momento el abrevadero de los leones, dio un codazo al inspector.

—Dígale que examine el abrevadero, señor inspector.

Recibida la orden, Ricardo se inclinó sobre el recipiente, lo levantó y vació el agua.

—Vuélvalo boca abajo —le dijo el inspector.

El domador lo hizo y lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Aquí han soldado una pieza! Le aseguro, señor, que esto no estaba aquí antes.

Y mostró el fondo del abrevadero, en cuyo centro se veía un suplemento del tamaño de un estuche.

Ricardo abrió la caja de las herramientas, sacó una y desprendió la pieza. Entonces algo cayó al suelo de la jaula.

—¡El collar! —Gritaron todos los niños a la vez, sobresaltando a los leones, que volvieron la cabeza hacia ellos.

Ricardo entregó el collar a través de los barrotes y volvióse hacia los leones para tranquilizarlos.

El osito, que en este momento estaba junto a Janet, lanzó un gruñido de temor al oír los rugidos de los leones. La niña intentó cogerlo en brazos, pero no pudo.

—¡Todo solucionado! —exclamó el inspector, guardándose el magnífico collar en el bolsillo.

Los niños oyeron voces a sus espaldas y, al volverse, vieron que los dos agentes se llevaban a Luis. Los tres pasaban en aquel momento bajo la cuerda llena de ropa tendida. Allí estaban, mecidos por el viento, los calcetines azules que tanto habían contribuido a descubrir al ladrón.

—¡En marcha! —dijo el inspector a los siete del club—. Vamos a ver a lady Lucy Thomas, y os advierto que tendréis que contarle vuestra aventura desde el principio hasta el fin. Por cierto que, sin duda, querrá recompensaros. ¿Ya habéis pensado lo que queréis? ¿Qué vas a pedir tú Janet?

La niña dirigió una mirada cariñosa al osito que correteaba a su alrededor y repuso:

—Pues a mí me gustaría, aunque no creo que esto pueda ser, un osito como éste, o, mejor aún, más pequeño, pues así podría tenerlo en brazos. Y creo que Pamela también pediría un osito de buena gana.

—Bien, compañeros del Club de los Siete Secretos, podéis pedir lo que queráis, incluso osos, y hasta un circo entero. Lo merecéis. Verdaderamente, no sé qué haría sin la ayuda del C. S. S. ¿Verdad que me ayudaréis siempre, y en toda clase de casos?

—Desde luego —dijeron los siete a la vez.

Y mis amables lectores pueden estar seguros de que así lo harán.

ENID BLYTON (1897-1968). Nació en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles mas leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan *Alicia en el país de las maravillas* y *Alicia a través del espejo* de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían es sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

La casa donde vivió con su familia se llamaba Green Hedges, que significa Setos Verdes y tenía un precioso jardín, no muy grande, pero que rodeaba la casa. Habían allí muchas flores, abetos, un viejo avellano y otros árboles. También tenía un estanque con peces dorados. A Enid Blyton, como a la mayoría de los ingleses le encantaba cuidar de su jardín.

Le gustaban mucho los animales. Cuando era pequeña sus padres no la dejaban tener animales en casa, pero cuando fue mayor y tuvo su casa y su jardín, tuvo toda clase de animales: perros, muchos gatos, peces que la conocían y venían a comer de su mano, y erizos. A lo largo de su vida tuvo varios perros: Dos fox terrier llamados Bobs y Topsi, y dos perritas cocker spaniel, la primera se llamaba Lassie y la segunda Laddie. No los tuvo todos a la vez, claro sino de uno en uno, pues desgraciadamente la vida de los perros es mas corta que la de las personas.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.

This file was downloaded from Z-Library project

*Your gateway to knowledge and culture. Accessible for everyone.*

z-library.se singlelogin.re go-to-zlibrary.se single-login.ru

Official Telegram channel

Z-Access

https://wikipedia.org/wiki/Z-Library